

## EN LA PENITENCIARÍA DE USHUAIA

Hubo un criminal, acusado de asesinar a una mujer en Buenos Aires, que pasó muchos años en la penitenciaría de Ushuaia en Tierra del Fuego. Supuestamente había matado a una mujer una mañana temprano, creyendo que era una prostituta que vagaba por las calles, para robar su dinero. Pero de acuerdo con los reportes, en realidad ella trabajaba de noche como operadora telefónica y volvía a su casa con la necesidad de alistar para la escuela a sus hijos que dormían.

El hombre, conocido como Rosario, negó haber cometido este horrible crimen. Ni siquiera había estado en el vecindario cuando ocurrió el asesinato, y declaró nunca haber tenido inclinaciones por fuera de la ley, y mucho menos asesinatos. Pero pasó al menos veinte años en la prisión de Ushuaia, en una celda muy pequeña, pero no tan mala como muchas en las que haya tenido que sobrevivir un prisionero, aquí o en cualquier lugar, en este periodo o en cualquiera de la historia humana. La ventana de su celda, rectangular, medía alrededor de treinta centímetros por cuarenta y cinco, dejaba ver las montañas que rodean a Ushuaia, y la puerta de su celda daba a un corredor que, como los otros cuatro de la prisión, llegaba a una rotonda central casi circular.

El diseño de esta prisión, como muchas otras en el mundo, fue ideado por Jeremy Bentham, quien imaginó que este diseño manifestaba perfectamente y complementaba los principios filosóficos de lo que él llamó Utilitarismo. En invierno, el suelo alrededor de la prisión se cubría de nieve; en verano, y en ocasiones durante el invierno, el viento traía polvo proveniente de las rocas montañosas cercanas, cuya suave textura da lugar a una continua formación de partículas polvorientas que caen por todos lados, al interior o al exterior en Ushuaia, crujiendo bajo los pasos de los humanos de forma agradable. De hecho, aún el olor de este polvo, por siempre en el aire de Ushuaia, y aunque causa afecciones del pecho, es muy placentero por alguna inexplicable razón. Sorprendentemente, rompía la monotonía de Rosario y de otros prisioneros mientras llevaban a cabo duros trabajos cerca de la prisión quebrando rocas, lo que obviamente creaba más polvo, con el fin de preparar la tierra para la construcción de un ferrocarril hacia Lapatria, y en parte, calmaba sus ansias de tabaco, el cual sólo podía obtenerse con arduos esfuerzos en la prisión, usando su ingenio y sus modestos sueldos que recibían por seis días de trabajo a la semana, diez horas diarias, en la preparación para la construcción del ferrocarril.

Rosario había crecido en un área pobre de Buenos Aires, al comienzo de los 1900's. Sus padres eran una mezcla de Paraguayos e Italianos, y de ninguna forma miembros de los estratos más bajos de su vecindario. Su padre trabajó por muchos años como técnico del alumbrado público, una ocupación que causaba orgullo en las modernizadas calles de Buenos Aires, con su enmarañado desarrollo simétrico hacia un nuevo fenómeno urbano. Su madre trabajó por algún tiempo como mucama en los hoteles del centro de la ciudad, pero después de dar a luz a la hermana menor de Rosario, su séptimo bebé, se debilitó y no trabajó nunca más por fuera de su casa.

Parece que Rosario fue interno de la prisión de Ushuaia desde 1926 hasta 1947, cuando fue cerrada esta cárcel, pero no se sabe a dónde fue después.

Puede que haya sido transportado a otra prisión en Argentina, o que haya sido liberado, para volver a Buenos Aires o probar suerte en una ciudad diferente de Argentina; o quizás se haya quedado en Tierra del Fuego. Si se hubiese quedado, probablemente se habría construido una casa de madera de los árboles cercanos a Ushuaia, o en otro asentamiento aún más pequeño. Pudo haber vivido de comerciar madera, trabajar en barcos pesqueros, o de vender artículos importados al viajero ocasional que visitaba la isla. Después de todo, él era un empresario que había aprendido varias habilidades útiles durante su estadía como prisionero, y pudo haber aprovechado las oportunidades disponibles en Ushuaia en los 1940s y 1950s.

No hay información de cuándo murió, o dónde; en 1947, habría estado al final de sus cuarenta, así que pudo haber vivido unas cuantas décadas más. Hay una fotografía suya en su celda, tomada alrededor de 1935, vistiendo un típico uniforme a rayas de prisionero, y en ella se ve saludable, robusto, y de alguna forma taciturno, del modo en que un convicto ha decidido vivir y sobrevivir su encarcelamiento. Poco se sabe acerca de su personalidad, salvo por un artículo de periódico de 1926 donde se le describe como un criminal rudo y endurecido; y el hecho de que durante los primeros cinco años de reclusión en Ushuaia, siempre estuvo acompañado de dos guardias armados que lo llevaban a trabajar por fuera de la prisión.

Esto nos lleva al único punto de verdadero interés humano que podemos mencionar en lo que tiene que ver con Rosario. En los años veinte y treinta, Argentina albergó un número de inmigrantes provenientes de Galicia al norte de España, quienes fueron destinados a trabajar como guardianes en el sistema carcelario argentino. Uno de estos inmigrantes gallegos fue Pedro Ponce quien dejó España para ir a Buenos Aires en 1919, cuando España, al igual que otros países europeos, pasaba por una depresión económica y enfrentaba un futuro incierto. Él era un campesino que trabajaba como su padre en un viñedo, pero que había complementado su ingreso y contribución al bienestar de su familia trabajando como carcelero. Él era el inmigrante ideal para la Argentina de ese entonces, y llegó con su joven esposa María, primero a Buenos Aires y poco después a Ushuaia, donde probó ser un efectivo oficial de prisiones, respetado por sus superiores y aparentemente no tan detestado por los internos de la prisión, si el hecho de que nunca fue atacado físicamente por ninguno de ellos da pie para juzgarlo así.

Ahora, parece que Pedro Ponce entabló cierta amistad con Rosario, quien fuera prisionero bajo su cargo entre 1926 y 1940, cuando Ponce murió o desapareció, lo cual no se sabe. Para empezar, la relación fue de puro respeto mutuo: Rosario, supuestamente peligroso, nunca llevó a cabo ninguna acción agresiva ni contra sus guardias ni contra sus compañeros de prisión. Pedro Ponce, por otro lado, parece que era un hombre calmado, con los pies sobre la tierra, no dado a emociones severas ni vengativas; un personaje desenfadado, esencialmente honesto y fuerte, no dado al humor ni a la gracia, pero decente y aparentemente muy amado por su esposa María.

El tiempo pasó, y a lo largo de polvorientos veranos y niveos inviernos, los dos hombres aparentemente empezaron a hablar de ciertos temas. Parece que tenían algo profundo en común: Rosario sentía que su madre, la única mujer por la cual recordaba sentir alguna emoción real, no lo había amado tan profundamente como él a ella. Ella había sido cariñosa, es cierto, y él recordaba el olor de su perfume emanando de su cabello cuando formaba una especie de carpa alrededor de su cara al darle el beso de buenas noches cuando era niño. Pero de alguna forma él siempre había sentido cierta falsedad, un frío vacío que lo quemaba de vez en cuando, y asociaba esta sensación rígidamente con un sentimiento no correspondido de anhelo por su madre.

Con Pedro Ponce la situación era más compleja. Le confesó a Rosario, después de algunos años de mutuo y efectivo confinamiento en la prisión de Ushuaia, que no podía superar una emoción angustiada con respecto a su esposa María, y que algunas veces lo envolvía en sus sueños, de tal manera que se despertaba sobresaltado, atorado y gritando en su cama en la pequeña y silenciosa villa de Ushuaia, preocupando a María, y con temor de que los vecinos de las casas cercanas pudieran escuchar estos extraños ruidos.

Pedro Ponce había conocido a María en 1918, el día que fue firmado el armisticio al final de la primera guerra mundial, tiempos muy difíciles como le recordaba a Rosario, aún cuando España no había estado involucrada directamente en la matanza. En ese entonces María era una muchacha de dieciocho años, pero casi tan pronto como Pedro la conoció en un baile en el pueblo y empezó a cortejarla, ella le confesó que estaba embarazada de un carnicero de profesión, casado y con familia y que vivía en el mismo pueblo. Al principio Pedro estuvo calmado y resuelto, amando a María y sintiendo que él, seis o siete años mayor que ella, debía por honor y madurez entender su situación con agrado, y protegerla. Cuando nació el bebé, una niña, en junio de 1919, Pedro estaba preparado para aceptarla como suya y quería casarse con María inmediatamente. Pero María no estaba feliz con esto. Sentía que su bebé era el resultado de una tontería, una actitud en la cual no ayudó su familia, que tenía a dos primos suyos en el sacerdocio, lo que causó que pensarán en una solución severa y tradicional. Quería dar a la niña a la iglesia en adopción, la cual no era una acción particularmente complicada en ese entonces, especialmente porque la madre no estaba casada.

Pedro aceptó esto, pero justo cuando se le iba a entregar la niña a las monjas, María cambió de opinión, entrando en un estado extremo emocional, llorando desesperadamente a gritos casi todo el tiempo. A Pedro ya no le agradaba el asunto. Con rabia, insistió que María había acordado entregar a la bebé y que ahora debía hacerlo. Al final lo hizo, pero por muchos meses no fue ella misma: parecía haber perdido su adorable actitud juvenil y disposición de vida, a pesar de que esto volvió con el tiempo. Y así, cuando se casaron, tan pronto como viajaron a Sur América, los dos parecían tan felices como cualquier pareja en este mundo no ideal. María olvidó y perdonó la ira temporal de Pedro, y éste olvidó el transitorio estado de ánimo depresivo de ella.

El pasado de los dos hombres, Rosario y Pedro Ponce, permitieron que congeniaran en conversaciones por algunos años, no siempre en tono muy serio. Fue sólo en el año 1932, parece, que ambos se empezaron a sentir intensamente solos, Rosario contemplando el resto de su vida en la prisión, y Pedro sintiendo que no podía escapar

de su culpa acerca del bebé de su esposa y el carnicero de Galicia, y una ansiedad de que su esposa algún día estallara en emociones de arrepentimiento y quizás resentimiento hacia él. Rosario recomendó que Pedro y María tuvieran sus propios hijos ahora que estaban establecidos en Ushuaia, y de hecho, María dio a luz a dos mellizos en 1931. Pedro estaba muy feliz por ello, pero de forma extraña, esto no alivió su angustia. Por el contrario, en 1932 empezó a pensar que un comerciante de pieles de foca llamado de Noort, un Holandés que vivía en Ushuaia, prestaba atenciones a su esposa.

“¿Pero, ella le corresponde?” Preguntó Rosario sabiamente.

“No lo sé”, fue lo único que pudo replicar el cada vez más aturdido Pedro Ponce. Pasaron unos meses, y debido a la llegada de un jefe de prisiones un poco más liberal procedente de Mendoza llamado Gutierrez Lanterre, se le permitía a los visitantes entrar a la prisión en ciertas ocasiones. Entonces Pedro le preguntó a Rosario si quería conocer a su esposa y los dos mellizos.

Así pues, en un frío día de Julio de 1932, María vino a visitar a Rosario en compañía de su esposo pero dejó a los niños con una vecina. No era la primera vez que ella había caminado por las frías piedras, mirado los baños que parecían establos, aunque mantenían encerrados a hombres en vez de animales, pero nunca antes había entrado a la celda de un prisionero. Allí observó la cama, la ventana y una pequeña mesa en la cual reposaba el crucifijo de Rosario, un vaso de hojalata, una fotografía de su madre, una caja de tabaco, algunos papeles de armar cigarrillos, y algunos pedazos de periódico rasgados. Pedro trajo una silla, de acuerdo a lo permitido en las nuevas reglas establecidas por Gutierrez Larrente, y María se sentó mientras Pedro permaneció de pie.

Parece, al menos de acuerdo con el reporte dado luego por Pedro Ponce a un superior del servicio de prisiones, que nada inusual ocurrió en esta reunión que se suponía ser de carácter amigable y ordinario. Evidentemente María y Rosario se llevaron muy bien, y discutieron acerca de cosas como el tiempo en Ushuaia, asuntos de niños y familia, y el milagro de la fotografía. Este último tema surgió debido al comentario de María acerca de la fotografía de la madre de Rosario. Lo que la llevó a hablar de las fotografías que tenía de sus padres, y de la del día de su boda que estaba colgada en el dormitorio de Pedro y de ella en su casa en Ushuaia. Después de una o dos horas de jovialidad, María salió de la celda y fue llevada a las puertas de la prisión por su esposo, desde donde ella caminó uno o dos kilómetros de vuelta hacia la casa.

Ni ella ni Rosario parecieron perturbados por nada que hubiera ocurrido, de acuerdo con Pedro Ponce posteriormente. Pero Pedro se adentró después de ese encuentro en un estado más profundo de displicencia. Rompió su comunicación cercana con Rosario, para desgracia de éste, tratando con él a partir de ese día, sólo de la forma abrupta normal entre carcelero y prisionero. Nadie sabe cómo era la vida doméstica de Pedro y María, porque después de la muerte o desaparición de su esposo en 1940, María volvió a España, por cortesía del General Franco, a vivir nuevamente con sus padres y sus dos hijos mellizos, quienes tenían en ese momento nueve años, y jamás habló nuevamente de su matrimonio ni de sus años en la Argentina, al menos no con alguien que haya registrado sus conversaciones. Todo lo que sabemos acerca de estas tres personas

después de esa reunión en un día de invierno de Julio de 1932, es que Pedro Ponce entró al comercio clandestino de productos ilegales, incluyendo armas, alcohol sin licencia y ciertos artefactos indígenas nativos, los cuales, a finales de los años 30 cuando los Yahgan y los Ona se estaban extinguiendo, surgieron como artículos de interés comercial entre coleccionistas, viajeros y ciertos antropólogos que trabajaban para museos en el mundo. Se alejó del contacto social con sus amigos carceleros y de la mayoría de sus conocidos de Ushuaia, y se volvió taciturno aunque aparentemente no malvado.

La explosión llegó en Febrero de 1940. La segunda guerra mundial había empezado por ese entonces, y un día llegó al puerto de Ushuaia un barco de bandera desconocida, aunque algunos sospecharon que era de la Alemania Nazi.

La reacción de la gente de Ushuaia por el arribo de esta nave fue ambigua, ya que la actitud del gobierno argentino hacia el nuevo conflicto no era completamente clara en ese momento. Pero parece que Pedro Ponce había hecho contacto con la tripulación de esta nave, tal vez esperando venderles algún contrabando, o tal vez para comprarles algo útil.

De cualquier manera, la mañana soleada de febrero 9 de 1940, Pedro Ponce fue visto, por estibadores que trabajaban en el puerto, subiendo las escaleras de esta nave misteriosa. Dos o tres horas más tarde hubo disparos, aunque cualquier reyerta que haya tenido lugar ocurrió bajo cubierta, pues nadie vio nada por fuera. Los oficiales de la legislatura de Ushuaia llegaron y entonces hubo más disparos, pero antes de que las autoridades pudieran entrar al bote por la fuerza, éste levó anclas y partió hacia el océano. Aparentemente se hizo un esfuerzo para perseguirlo, pero fue en vano, y nadie supo qué había ocurrido exactamente en la nave ese día. Pedro Ponce nunca volvió a aparecer y el mundo resbaló y se deslizó por debajo de las nubes de la segunda guerra mundial con todas sus sorpresas e incertidumbres. María, como hemos visto, volvió en barco con otros españoles que retornaron de Argentina a España, partiendo desde Buenos Aires a finales de 1940. Rosario, sin nunca más volver a ver a María, languideció hasta 1947 en la penitenciaría, siendo su destino desde entonces asunto de especulaciones. Pedro Ponce pudo haber sido asesinado en el altercado bajo la cubierta de la extraña nave que llegó al puerto de Ushuaia en Febrero de 1940. O tal vez vivió y partió en la nave hacia Alemania u otro lugar. Pero de eso nadie puede dar certeza.

## EN EL KING'S HOTEL

Es muy curioso cómo te puede llegar a veces un cuento que tú mismo no has experimentado, pero que entra a tu mente con tal claridad que se siente como si sí lo hubieras experimentado. Tal es el caso de la siguiente historia que me fue contada una noche en un bar cualquiera de Buenos Aires por un hombre que había vivido en la ciudad por muchos años, después de llegar de Zurich. No puedo recordar muy bien cómo empezó esta conversación; yo había estado dando vueltas por la intersección de la Avenida 9 de Julio y Avenida Corrientes por algunas horas, encontrando a varios amigos que había conocido las semanas que había estado en Buenos Aires, y estaba a punto de sentarme en un bar al aire libre, pensando acerca de cómo a Marcel Duchamp aparentemente no le había gustado esta ciudad cuando llegó a vivir aquí por un rato después de la primera guerra mundial. Estaba pensando lo tonto que había sido él, si su razón para no gustarle la ciudad era que no se parecía a París o a Nueva York, ya que no tiene sentido comparar un lugar con otro, una persona con otra, o incluso bastante a menudo, una experiencia con otra.

En ese momento vi a Gregorio, un hombre joven que, a pesar de ser de nacionalidad suiza, en verdad venía de Rusia, de algún lugar cercano al Mar Negro, aunque yo no tenía muy claro esto debido a que en otro punto de nuestra conversación dijo que era ucraniano, y que había nacido en Kiev. Pero eso no era importante en el momento; él era un extranjero, como yo, y había viajado y vivido en varios lugares.

Era joven, de tez oscura, apuesto: del tipo que te hace pensar que podría estarle yendo bien si no fuera un poco loco, algo que emana muy rápidamente de las facciones faciales y gestos. De todas maneras, habiéndonos sentado juntos, ambos un poco tomados, hablamos de varios temas, yendo desde nuestra opinión acerca de la vida en Buenos Aires hasta los logros o fracasos de Gorbachev, en lo que no estuvimos de acuerdo. Después de algún rato empezó a contarme la siguiente historia. El lector debe entender que no conocía a Gregorio, y que cerca de tres horas más tarde, cuando nos marchamos, más tomados de lo que habíamos estado antes (porque estábamos tomando Lancia todo el tiempo, yo pagué porque aparentemente él andaba corto de dinero), nos despedimos en términos profundamente afectuosos pero nunca más nos volvimos a ver.

Sin embargo, este es el cuento:

“Cuando llegué a Buenos Aires hace cinco años, me hospedé en el mismo hotel que tú, El King's Hotel de la Avenida Corrientes. Era y es, como sabes, un edificio alto, como de veinte pisos, una construcción típica de los años treinta, parecido a los edificios rusos de la misma época bajo el régimen de Stalin (aquí me sorprendí un poco). Por la noche un hombre llamado Rosagio estaba siempre de servicio, un tonto inútil que siempre estaba dormido o lejos de la recepción cuando yo llegaba tarde, lo que era frecuente. Y, ¿por qué no había de llegar tarde? Estaba pagando por mi cuarto, sin ningún descuento por el número de noches que me estaba quedando, y la vida nocturna de Buenos Aires

abre hasta tarde: especialmente cuando llegas aquí por primera vez. Pero una noche cuando llegué, las puertas del hotel estaban cerradas y toqué el timbre; entonces un joven loco se apresuró hacia mí en la calle y me pidió dinero.

Había perdido todos sus objetos de valor, dijo. Tenía sólo lo que traía puesto, y se lamentaba que una muchacha a quien había creído amar, lo había traicionado esa tarde y había ayudado a unos ladrones a robarle incluso sus documentos.

Dije que no tenía sencillo, repitiendo un mantra que siempre uso. De hecho, como tú, mi amigo, pocas veces doy dinero, sólo a niños o a ancianas. Pero en ese momento un carro de la policía se detuvo en frente y tres o cuatro policías saltaron de adentro y forzaron al joven a estirarse contra la pared, mientras lo requisaban y le hacían muchas preguntas. Debo decir que no fueron extremadamente opresivos, menos que en Rusia o incluso en Londres, donde estuve por algunos meses trabajando en un restaurante armenio. Pero todo el episodio me preocupó ya que no quería que la policía empezara a preguntar quién era yo. Entonces toqué el timbre y golpeé la puerta muchas veces hasta que la policía se había llevado su presa. Cuando el conserje, Rosagio, cuando finalmente había llegado a la puerta, yo estaba furioso. ‘¿Por qué tardó tanto en llegar?’, grité. ‘¿No trabaja usted aquí?’ Rosario se puso más furioso que yo. ‘Por qué me pregunta si trabajo?’, gritó. ‘Por supuesto que trabajo, he trabajado aquí por treinta años’. De hecho, más tarde descubrí que esto era más o menos cierto, pues tenía alrededor de cincuenta y cinco años, y había llegado a Buenos Aires cuando era joven, aunque nunca me dijo de dónde venía. Era muy irritable, de mal temperamento, un hombre poco atractivo en la superficie, por no decir feo o desagradable, pero si lo conocía un poco mejor, podía desplegar cualidades más finas, como cuando cantaba tiernas canciones de amor de diferentes partes de Argentina, que alguna vez le escuché.

Una vez dentro del hotel me dio la llave, y oprimí el botón negro para hacer bajar el ascensor, de tal forma que pudiera lenta y solemnemente subir a mi piso catorce (en este momento yo as4entí simpáticamente, habiendo hecho yo mismo ese trayecto muchas veces). Pero antes de que el ascensor llegara, él agarró mi brazo y dijo: ‘¿Quiere entender lo que le estoy diciendo?’ ‘realmente no’, le respondí, deseando de corazón llegar a mi cama y dormir. Pero no me dejó ir. Me haló hacia un cuarto lateral, casi como un depósito, que daba a la recepción, en donde había una mesa y una silla cubiertas de polvo. Las esquinas del cuartito estaban llenas de telarañas, como si nadie nunca entrara allí, o al menos como si nunca lo limpiaran. ‘Siéntese’, me gritó. Entonces me senté en la silla y trajo una especie de pequeño sofá de detrás de una sucia cortina de la cual nunca me había fijado. Después de un rato se sentó allí, y me dieron ganas nuevamente de subir a mi cuarto y olvidar el episodio. Pero ante mi impaciencia, levantó su índice derecho, una cosa gruesa y oscura que me hizo sentir pena por él, así que me quedé. ‘Mire’, dijo, y sacó un estuche de cuero de detrás de la cortina, la abrió y sacó un cuchillo largo y curvo. ‘Este cuchillo lo usó mi madre para matar pollos cuando yo era niño’, dijo. En ese momento estaba determinadamente decidido a irme, pero me imploró que me quedara. ‘No tenga miedo’. No tiene filo y no causa daño ahora’, dijo, y lo puso suavemente ante mí, de tal manera que yo lo tocara y viera que era inofensivo.

‘¿Qué pasa con él?’, ahora no preocupado sino curioso más que cualquier cosa.

‘Recuerda usted ese muchacho de afuera, al que se llevó la policía?’, dijo. ‘Bien, un día, hace muchos años, su padre, en ese tiempo un muchacho como él, quiso usar este cuchillo contra su abuela’.

‘¿Por qué?’, pregunté, ‘ y dónde?’.

‘Nunca supe porqué’, dijo Rosagio, ‘pero sí sé donde. Fue aquí en este cuarto, cuando la abuela del muchacho trabajaba como conserje así como yo ahora. Su nieto, un muchacho que había vivido siempre en una finca en lo más remoto de la Patagonia, vino a Buenos Aires a visitarla y decidió matarla’.

En ese momento, antes de que yo pudiera responder a estas afirmaciones tan extraordinarias, dos hombres entraron intempestivamente al cuarto. Uno de ellos se apresuró a sentarse detrás del sofá donde Rosagio estaba sentado, el otro agarró el cuchillo y lo llevó lejos de nosotros. Luego entró una mujer vieja y gritó con su voz alta y obviamente borracha, ‘Te he dicho que nunca traigas gente aquí adentro. ¡Salga, salga!’

Yo me levanté para irme, disculpándome vagamente con los dos hombres y la señora quienes me ignoraron completamente. Me dirigí hacia el área del elevador, y oprimí el botón negro muchas veces. Cuando el elevador llegó y empezaba a entrar en él, vi como los tres llevaban a Rosagio a la puerta del hotel, la abrían con la llave y lo forzaban a salir a la calle. Eran como las cuatro o cinco de la mañana, y subí a mi piso catorce tan rápido como pude, no entendiendo del todo lo que pasaba y encontrándome incapaz de dormir cuando me acosté en la cama.

Al otro día había un hombre diferente y una mujer diferente en la recepción. Ni Rosagio ni los dos tipos, ni la mujer se veían por ahí. No pregunté nada acerca de lo que había pasado la noche anterior. Unos días más tarde me mudé de allí ya que una mujer que venía de Rusia me ofreció un cuarto barato en su casa. Y eso fue lo último que tuve que ver con el King’s Hotel, en donde estás hospedado ahora.”

Después de despedirme de Gregorio, fui a otro bar y tomé un poco más antes de volver al King’s Hotel. Nadie en la recepción se parecía remotamente a la gente de la que él me había hablado, pero también me mudé unos días después, ya que, como a él, me parecía muy frustrante volver tarde en la noche y tener que esperar por horas hasta que alguien apareciera a abrir las puertas del hotel.



## SISOFROMATEM

Una mañana Rogerg se despertó descubriendo que se había convertido en un pequeño pulpo. Al menos eso fue lo que pensó que había pasado, pero pronto se dio cuenta que había sido un sueño cuando realmente se despertó para encontrar que la realidad era aún más extraña que su sueño; porque se encontró a sí mismo en su cama, exactamente igual a como había sido la noche anterior. Durante todas esas horas de sueño, nada había pasado para metamorfearlo de alguna manera. A pesar de que su mente había hecho viajes más extraños que *La Velación de Finnegan* de James Joyce, o *Los Viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, él era aún Rogerg, exactamente el mismo de antes.

Era asombroso, pero los hechos eran los hechos. Tal como uno puede adentrarse veinte metros debajo de la superficie del océano, tocar el coral de colores más extraordinario y volver a la superficie sin ningún cambio, así puede uno también soñar con el Big Bang, el estallido de la guerra nuclear o con enamorarse de una chica completamente imaginaria para luego despertar minutos más tarde completamente igual a antes de haberse dormido y de haber entrado en los sueños.

Rogerg estaba asombrado por estos hechos, pero estaba un poco desilusionado, aunque, paradójicamente, al mismo tiempo muy emocionado y estremecido. Ya que nadie vino a su cuarto a molestarlo, pensó acerca de estas cosas por largo rato sin moverse y sin pensar en levantarse ni nada por el estilo. Después de un rato empezó a sentirse cansado nuevamente, así que se acostó de lado y se durmió, y pronto empezó a soñar de nuevo.

## EN EL RIO PARAGUAY

Una vez, en Asunción, Paraguay, hubo un hombre que decidió vivir cerca al río. El río Paraguay, como todo el mundo sabe, divide el país en dos partes : al este, la parte más húmeda y dada a la agricultura, con buenos suelos. Al oeste, El Chaco, mayormente seca, áspera, con suelos muy pobres. La distinción, un antagonismo entre estos dos mundos, es la base de gran parte de la extraordinaria historia de Paraguay.

El hombre en cuestión era un taxista llamado Jorge, y en 1987 se convirtió en un intenso entusiasta de la historia de Paraguay cuando apareció una nueva edición de la magistral *Breve Historia del Paraguay* de Efraín Cardozo.

Jorge sintió que al vivir cerca al Río Paraguay, que Helio Vera describió como “la espina dorsal líquida de mi país”, podía experimentar la tensión entre los dos lados de su nación, y que podía imaginar a Asunción, la capital, como una especie de reconciliación espiritual entre ellos.

Era un pensamiento noble, y un valiente movimiento el que hizo; un esfuerzo ejemplar de un hombre extraordinario para hacer algo en la vida personal que se fusionara con sus esperanzas y creencias humanas y filosóficas más amplias.

Pero no funcionó tan bien. Su esposa recibió con agrado la mudanza a la nueva casa, y esta totalmente comprometida con el proyecto, que sentía y experimentaba tan intensamente como el mismo Jorge. Pero a su hija, Gisela, que tenía trece años cuando se mudaron en 1989, no le gustó para nada la nueva situación. Se quejaba de los mosquitos, de la caminata más larga hasta la escuela y que la antena de televisión no funcionaba bien en ese lugar. La discordia entre la familia creció en proporciones terribles, especialmente cuando las hermanas menores, unas gemelas seis años más jóvenes que Gisela, empezaron a tomar partido en la disputa: una con Gisela y la otra con Jorge y su madre.

Pero en 1994 pasó algo que cambió todo dentro de la familia. No se habían mudado de su nueva casa, aunque a veces se preguntaba se debían hacerlo. Pero cuando Gisela llegó a la edad de dieciocho años y esta a punto de acabar el colegio, se interesó de repente en una nueva forma de baile que supuestamente estaba basado en las danzas guaraníes tradicionales del Paraguay. Ingresó a una compañía que iba de plaza en plaza y de bar en bar con un grupo de hombres jóvenes que tocaban los tambores, mientras ella y otras dos o tres chicas bailaban al estilo de este ritmo de moda.

Recogían dinero después de sus presentaciones y algunas veces eran contratadas por una empresa de publicidad para promover una nueva marca de cigarrillos o una nueva discoteca que se inauguraba en Asunción. Se volvió tan feliz con su nueva forma de expresión que dejó de quejarse de donde vivía su familia, y muy pronto sus padres estaban asombrados en descubrir cuán pacífica estaba la casa. Las gemelas admiraban

tanto a su hermana mayor que dejaron de discutir acerca de si la casa estaba mal situada o no, y todos los familiares y amigos cercanos estaban felices y extremadamente sorprendidos de ver que no había más discordia en la casa por este asunto.

## CATULLUS

Siempre era Difícil saber qué tan honesto era Catullus cuando describía su niñez, especialmente porque sus historias siempre parecían acompañar justificaciones por una u otra de sus debilidades o patrones de idiosincrasia en su comportamiento. Uno de los incidentes que comentó al menos tres veces frente a mí, fue lo que presencié cuando era niño en el África occidental francesa, donde su padre fue por un tiempo parte del personal de la Comisión Cultural Británica en Fort Lamy. Su familia vivía en una gran casa de madera y tenía un sirviente del Chad llamado Idris, quien era un buen amigo de Catullus y de sus padres, quienes eran ilustrados, amantes de África y respetuosos de sus pueblos.

Un día Idris invitó a Catullus a la casa de uno de sus primos, en cuya gran familia había varios niños de ocho años, como Catullus. En la casa, uno de los muchachos llamado Sedahmed entabló amistad inmediata con Catullus y lo llevó a una ventana que tenía un vidrio donde las moscas se paraban y caminaban. Le mostró a Catullus un maravillosos arco y una flecha que había hecho de dos ramas y un trozo de algodón con los que se podía disparar y empalar las moscas en la ventana, las cuales caían a la tierra solemnemente vencidas. Sadahmed sacó la flecha del cuerpo de la mosca muerta y dejó que Catullus tratara, y haciéndolo, pronto logró dispararle a las moscas también.

Esto pasó a finales de los años sesenta, pero cuando la familia de Catullus se fue de África en 1971 a vivir en Reading, Inglaterra, Catullus nunca volvió a ver a Idris o Sedahmed, aunque muchas veces pensaba en ellos.

Muchos años después, Catullus se volvió escritor. No muy exitoso en el sentido de publicar sus escritos o en términos de remuneración económica significativa, pero era un escritor con cierto grado de reputación, reconocido en algunos lados como una figura creativa cuya poesía inusual y sus fantásticos cuentos cortos llamaban la atención de los escritores que estuvieran de alguna forma a tono con su particular alma. Aunque Catullus se convirtió cuando adulto en una especie de desadaptado, cínico acerca del mundo, especialmente con respecto a carreras, gobiernos y la mayoría de las instituciones supuestamente valiosas, su forma de escribir transmitía un amor romántico con lo exótico e inusual, y siempre tomaba el lado de los oprimidos, así escribiera acerca de Apartheid, Sur África, la gente pobre en Inverness, donde vivió por algún tiempo, o acerca de Latinoamérica, de donde se apegó mucho durante los ochentas debido a las numerosas visitas que hizo y periodos que pasó en Colombia, Perú, Brasil y luego en Paraguay.

Catullus pasó un tiempo en Asunción en 1993. No digo “vivió” porque no había mayor razón en este caso para quedarse por un periodo particular de tiempo de la que hubiera habido cuando iba a cualquier otro país. No, él decidió vivir en Asunción, de donde sintió que podía viajar al Chaco y visitar a los grupos sobrevivientes de los indios Lengua y Nivaclé.

Nunca lo vi nuevamente, habiendo dicho adiós una noche de copas en Antwerp, un poco antes de subirse a Sur América. Andaba con una bella chica flamenca por la que se veía verdaderamente triste de dejar y quien parecía sentir lo mismo por él. Esto fue en junio de 1993. En agosto de 1995 escuché que había desaparecido completamente, lo que sea que eso signifique. Nadie – ni sus amigos ni las autoridades – podía dar cuenta de dónde estaba o qué le había pasado. Simplemente no había registro de él después de julio de 1994, cuando dejó un pequeño apartamento que alquilaba en Asunción. O estaba muerto, o había cambiado de identidad, o se había perdido en el anonimato.

Solamente escuché una historia suya de esta época en Paraguay. Una antropóloga argentina llamada Ravita Sanoja, quien trabajaba con los indios Nivaclé del Chaco paraguayo, dijo que había conocido a Catullus durante unas pocas semanas cuando estaban los dos en Filadelfia, el centro de una comunidad Menonita. Ravita y Catullus se estaban quedando en el mismo hotel en esa pequeña ciudad.

Conocí a Ravita en el Congreso Internacional de Americanistas en Nueva Orleans en 1996, casi un año después de escuchar acerca de la desaparición de Catullus. No soy un académico, pero fui al congreso porque un amigo mío presentaba un escrito en un panel acerca de la tribu Pano del este del Perú. Una noche, después de una de las sesiones, Ravita me contó la siguiente extraordinaria historia. Estuve con ella cerca de cinco minutos, durante los cuales me la refirió; ella debía irse a organizar una muestra de diapositivas para su propia presentación la mañana siguiente. Esta fue su historia si mal no recuerdo:

“Me cayó bien Catullus, nos llevamos muy bien. Yo estaba planeando mi próxima expedición para hacer trabajo de campo y él acababa de regresar de una comunidad Nivaclé cerca de Filadelfia. Tenía muchas ideas interesantes acerca de estos indios, y acerca de los indígenas suramericanos en general. Hablamos un rato y salimos a beber (hasta cuando se podía en la comunidad Menonita), luego hicimos el amor en el hotel, el cual era un lugar extraño en una extraña ciudad.

Una noche fuimos a caminar entre los árboles y arbustos al final del pueblo, bajo una luna brillante, casi llena, y nos besamos románticamente bajo las estrellas. Después bromeamos y reímos, y armamos un cigarrillo de marihuana para fumar. Entonces Catullus simplemente caminó algunos metros, aún hablándome, y desapareció entre los árboles. No volvió a aparecer, y después de buscarlo por horas, volví al centro del pueblo y le conté a la policía. Lo buscaron esa noche, al día siguiente y por muchos días después de eso, pero no lo pudieron encontrar y no puedo decir nada más que eso.”

Así que eso fue lo que pasó. Mi amigo había simplemente desaparecido. Recordando un poco, no estoy totalmente seguro de cuán bien lo conocía. Lo conocí en el internado, cuando los dos teníamos quince años, pero lo vi poco, después de que dejamos esa horrible prisión. Pero me agradaba, y ojalá supiera qué le pasó.

## LUIS SPANGLER

El problema con Luis Spangler era que siempre estaba tratando de escribir un cuento. Tenía que ser el cuento *perfecto*, casi como el personaje de una novela de Sartre, cuya determinación es escribir *una gran obra*, pero nunca pasa de la primera oración, que cambia y mejora, que cambia y mejora.

Y así, su pequeño cuarto siempre estaba desordenado, con papeles por todos lados, algunos escritos a mano, algunos a medio digitar, pero nunca nada completo. Si lo visitabas y tomabas una de esas hojas flotantes, te la arrancaba de las manos, insistiendo que todavía no estaba terminada, y por ende aún no lista para ser leída.

Pero su imposibilidad de completar algo no parecía deprimir a Spangler. Una vez cuando intenté hablar de esto con él, dijo que no era ambicioso y no le importaba si no completaba ninguna de sus historias. A él sólo le gustaba escribir, dijo. Pero en otras ocasiones expresó una frustración severa en su discurso, hablando incesantemente acerca de lo injusto y arbitrario que era el negocio editorial, y de cómo un escritor nuevo y original nunca tenía la oportunidad de surgir a menos que fuera rico y tuviera amigos en los lugares correctos.

Unos de los cuentos que estaba escribiendo cuando lo visité una vez en su cuarto, era acerca de un hombre que se estaba hospedando en un hotel en Génova. La idea de esta historia era un tema dual. Por un lado, el hombre que Luis llamó Eusebio, estaba escribiendo una novela en el cuarto de hotel donde se había estado quedando por varias semanas, mientras que por otro lado algo que era tan interesante como su novela le estaba pasando en la vida real. La novela de Eusebio era acerca de un exiliado de la dictadura paraguaya de alrededor de 1950, llamado Ramírez, que se fue a vivir a Lima. Este exiliado era escritor de novelas históricas que exploraban los escenarios mentales de los dictadores paraguayos del siglo XIX, y la mentalidad de los individuos de diferentes clases sociales del Paraguay que vivieron bajo sus regímenes. Eusebio había preferido quedarse en un hotel de Génova para escribir esta novela, porque pensó que nada le pasaría allí, porque no conocía a nadie en la ciudad y pensó que la vida sería tranquila y calmada, permitiéndole escribir.

Pero después de dos semanas, lapso en el cual había completado el primer o segundo capítulo, en el punto donde Ramírez había llegado a la casa de algunos amigos paraguayos que vivían en Lima, Eusebio empezó a preocuparse por los acontecimientos en su hotel. Una noche, escuchó una terrible pelea entre un hombre y una mujer en el cuarto de al lado. Reconoció que era la voz de la vecina. Había notado por algunos días que una mujer extremadamente atractiva se estaba quedando en la habitación siguiente, pero no estaba seguro de donde venía. Ahora, en el calor de la pelea, pudo escuchar que era latinoamericana, gritando en francés con acento español; se dio cuenta por su comportamiento y apariencia que no era de España, sino de Colombia o tal vez de México.

La discusión en el cuarto de al lado eventualmente llegó a un final. El hombre salió tirando la puerta y gritando, dejando a la mujer sollozando y llorando por un tiempo después de irse.

Eusebio se sintió obligado a actuar como un caballero. En verdad sintió que debía saber si su vecina necesitaba ayuda, sin ningún motivo ulterior en su mente. Así que salió de su cuarto y tocó la puerta, que estaba sólo a tres o cuatro metros de allí. La chica guardó silencio y abrió. Eusebio, mitad en francés y mitad en español, le preguntó a la hermosa mujer, de cabello negro, largo y desordenado y grandes ojos cafés llenos de lágrimas, si podía ayudarla de alguna forma.

Probablemente debido a que Eusebio debió estar absolutamente distraído, como lo estaba, habiendo sido interrumpido en medio de su imaginada llegada de Ramírez a la casa de sus queridos amigos, también exiliados en Lima, la mujer lo invitó a seguir y se calmó. Lo invitó a una taza de café o a un vaso de vino. Eusebio escogió este último, para agrado de la chica, y los dos se sentaron a tomar vino.

Después de un momento, la chica cuyo nombre era Liliana, ahora mucho más tranquila, le contó a Eusebio acerca de la terrible tristeza que sentía por el hombre con quien estaba discutiendo, un indonés que había conocido en Estambul, algunos meses antes de llegar a Génova. Dijo que habían estado muy felizmente enamorados en Turquía, pero que desde que se encontraron nuevamente en Génova las cosas no habían andado bien. Este indonés, cuyo nombre Luis no había decidido todavía, se había vuelto muy celoso y difícil para Liliana porque ella sentía que en Europa las mujeres son más libres que en Turquía, y se había vuelto muy inseguro y posesivo.

Todo esto empezaba a sonar interesante, así que le pregunté a Spangler qué iba a pasar: ¿Se enamorarían Eusebio y Liliana, y terminaría Eusebio su novela acerca de Ramírez? Pero en este momento Luis dejó de hablar libremente. Se silenció, recogió sus papeles, los barajó y los puso en otro lugar. Después de un rato empecé a sentirme cansado, y como Eusebio no tenía nada que tomar en su cuarto que era un cuchitril, sentí que era hora de irme. Si hubiera seguido con la idea de su historia me habría quedado, pero la conversación agonizaba, así que me despedí y salí.

Cuando lo vi unas semanas después, esta vez en la calle, le pregunté como iban sus escritos, y fue muy positivo en su respuesta. Así que le indagué acerca del cuento de Eusebio en Génova, y de Liliana, y del exiliado Ramírez en Lima.

Pero Spangler, en su usual forma furibunda, actuó como si no recordara la mencionada historia, y cambió el tema de nuestra conversación por una de sus nuevas ideas, acerca de un holandés que había ido a vivir a Ecuador, y había conocido a una mujer indígena Shuar con la cual estaba viviendo en la selva de ese país. Le prometí que lo visitaría en poco tiempo, y que llevaría una botella de algo, para que me pudiera contar acerca de su más reciente ocurrencia. Pero días después cuando fui a visitarlo, los vecinos me dijeron que se había mudado de su cuarto y el dueño no sabía por dónde andaba ahora.

Luego supe que se había ido a un retiro budista en Escocia. Años después, me lo encontré por casualidad en Notting Hill, Londres, pero para ese entonces había dejado describir cuentos y ya no estaba interesado en la literatura. Se había involucrado bastante en el Budismo, Sufismo y la teosofía, y tenía mucho que decir acerca de estos temas, pero de su anterior obsesión por la literatura no quedaba huella.

Y nunca supe que habría pasado con Eusebio, Liliana o Ramírez.



## UNA VÍCTIMA DE “OPERACIÓN CÓNDOR”

Hace algunos años visité a un amigo llamado Marcio Lafoucrière en su apartamento en Edimburgo. Marcio era una de esas personas con orígenes maravillosamente mezclados, un verdadero “cosmopolita sin raíces”, como lo hubiera llamado Stalin. Su madre era inglesa, su padre suizo, pero tenía tíos y tías de Brasil, otros libaneses y australianos, y de sus abuelos se puede decir que uno había sido turco y el otro malayo. Marcio era un periodista y activista político internacional, conocido en ciertos círculos por sus discursos acerca de abusos contra los derechos humanos, y sus desafiantes declaraciones en oposición a las sangrientas dictaduras y las injusticias políticas en general.

Lo llamé mientras estaba en Edimburgo por unos días para ver algunas fotos que él tenía de los indígenas Nahua, de la selva peruana oriental, que había tomado en el tiempo que yo había estado con ellos en los ochentas. Marcio, como yo, había trabajado con Supervivencia Internacional y con el Grupo de Trabajo Internacional para Asuntos Indígenas en ese entonces, conectándose con los problemas e injusticias que los Nahua enfrentaban debido a las invasiones de exploradores en busca de petróleo en su territorio, que hasta ese momento había sido poco perturbado por extraños.

No había visto a Marcio Lafoucrière al menos por diez años, pero alguien que yo conocía en Supervivencia Internacional me dijo que él tenía esas fotografías, así que lo llamé y acordamos una visita a la cual llevé mis propias fotos de la misma época.

Durante esa noche Marcio me contó los trágicos eventos que había experimentado en Argentina en 1977. En su cómoda sala estaba con nosotros una dama paraguaya de mediana edad y de rasgos atractivos, quien me saludó con la descomplicada y acostumbrada amabilidad suramericana, y manifestó gran interés en las fotos que Marcio y yo nos mostramos, participando de todo corazón en nuestra conversación acerca de los Nahua. No capté su nombre cuando Marcio me la presentó, pero decidí preguntárselo más tarde.

La conversación tuvo su curso por diferentes temas, y fue allí cuando Marcio me contó la siguiente historia que hizo que me atornillara a la silla. Su visitante y yo escasamente dijimos palabra por cerca de dos horas.

En 1976, Marcio se fue a vivir a Asunción, Paraguay, y allí conoció bastante acerca del régimen dictatorial de Alfredo Stroessner. Si no hubiera sido periodista, dudo que hubiera podido quedarse allí todo el tiempo que estuvo, porque los espías de Stroessner seguramente conocían a sus amigos, que incluían disidentes y oponentes del régimen. Pero extrañamente, no estaba en Paraguay como reportero político, sino como escritor sobre asuntos ecológicos y temas relacionados con la construcción de presas hidroeléctricas y cosas así.

Una de las personas que conoció fue a Agustín Manchuelo, un abogado que había estado cara a cara en el transcurso de su trabajo con injusticias en homicidios perpetrados por el régimen. Un cliente llegó a él porque su hermano había desaparecido, y Agustín lo identificó como un hombre que fue encontrado muerto en el río Paraguay, amarrado con un alambre. Poco después una mujer que le informó que su esposo estaba desaparecido, encontró el mismo destino, identificándolo como uno de los cadáveres de hombres que fueron lanzados de los aviones.

Agustín Manchuelo trató de sacar a la luz estos crímenes con increíble valentía, pero no encontró a nadie que estuviera preparado para arriesgarse a publicar su evidencia. Después de algunos meses en esta situación, empezó a pensar que su propia vida estaba en peligro, así que decidió, con el total apoyo de su esposa, irse de Paraguay con sus dos niños, y escapar hacia Argentina.

Marcio estaba muy conmovido porque Agustín le había confiado su decisión de dejar el país. Decidió ir con la familia si ellos estaban de acuerdo. A ellos les agradó la idea, en particular a Elba, la esposa de Agustín, quien creía que sería más seguro si los acompañaba un periodista extranjero.

Así que partieron una noche, muy sencillamente en el carro de la familia, y manejaron hasta Encarnación, una ciudad paraguaya en la frontera con Argentina. No habían decidido si tratar de cruzar la frontera legalmente con documentos, o pasar clandestinamente. Agustín, Elba y Marcio discutieron esto *ad infinitum* durante el viaje. Algo a favor de la primera opción es que estarían legalmente en Argentina y por ende sujetos a la seguridad que pudiera ofrecer ese país. Agustín sentía también que su dignidad sería mayor si dejaba Paraguay de esa forma, en vez de fugarse en exilio.

Pero, si los guardias de la frontera lo esperaban, o si ya estaba en una lista de personas que debían detener si trataban de cruzar la frontera, todo estaría perdido.

La intuición de Agustín le decía que aún no se había convertido en uno de los oponentes del régimen que estaban en lista negra. Sus inocentes intentos por conseguir que la evidencia de crímenes de estado fuera publicada no carecían de precedentes. Otros habían dado el brazo a torcer después de algunos sustos a ellos mismos o a sus familiares, y después de todo él no era miembro de ningún partido político u organización.

Marcio estaba muy preocupado por su amigo. ¿Por qué entonces si todo esto era verdad, había sentido Agustín que su vida corría peligro en Asunción? Agustín le replicó que había varios niveles de agencias de inteligencia militar y policíaca, y que los escuadrones de la muerte de niveles más bajos podían detectar a un individuo antes de que entrara a una de las sonadas listas negras nacionales de los tontos burócratas.

Y así, con los corazones secretamente retumbando, pero no los de los niños, los cinco siguieron directamente al puesto de frontera en Encarnación temprano en la mañana de diciembre 19 de 1976, y mostraron sus pasaportes. Después de responder a burdas pero inocuas preguntas, dejaron el lado paraguayo y se reportaron al puesto fronterizo argentino. Aquí también se les permitió pasar con pasaportes sellados sin mucha

susplicacia, y los cinco manejaron a la ciudad argentina de Posadas y pararon en un bar a brindar por su exitosa salida.

Muy pronto encontraron un apartamento en alquiler, y para el día de navidad ya se habían instalado. Marco creía que la familia estaba segura, y ya estaba empezando a planear ya fuera su retorno Asunción o un viaje a Suiza a visitar familiares. Le habló bastante a Agustín acerca de las cosas que él y su familia harían en Argentina, y cómo él y Agustín podrían trabajar mejor juntos para publicar los abusos del régimen de Stroessner.

Pero antes de que Marcio organizara su salida de Posadas, ocurrió un amenazador y absurdo evento. Una calurosa tarde hacia el final de enero de 1977, toda la familia junto con Marcio estaba sentada en el apartamento que estaba localizado en el tercer piso de un edificio de seis plantas. Hablaban acerca de a cuál escuela debían ir los niños de los Manchuelo: Rolando tenía siete años y Jazmín seis.

De repente hubo un gran estruendo en la puerta. Todos se sobresaltaron, pero no pudieron ver nada a través de las ventanas porque todas las persianas estaban abajo. No había voces, sólo el ruido de los intentos deliberados por tumbar la puerta, la cual por supuesto, siempre estaba cerrada con seguro y varios pasadores y candados. Al mudarse en el apartamento, habían reemplazado la antigua puerta por una reforzada y todas las ventanas estaban protegidas con gruesas barras de hierro.

Elba y los niños corrieron hacia el cuarto de los padres, pero Agustín y Marcio se quedaron en la sala, mirando con terror como destrozaban la puerta. Volaban astillas de madera por todos lados mientras se asomaban las hachas a través de la destrozada puerta verde, hasta que los seguros y pasadores colgaron como herramientas inútiles de lo que quedaba de ella. Cuatro hombre penetraron a la sala, se acercaron hacia Agustín y Marcio blandiendo revólveres y navajas; dos de ellos pasaron destrozando todo y encontraron a Elba y los niños en el cuarto, los tomaron por la fuerza, todos en silencio, y los llevaron a la sala.

Los rufianes empezaron a amarrarlos después de amordazarlos a los cinco. Entonces ocurrió algo extraordinario. De afuera del apartamento se oyó un ruidoso clamor. Muchos hombres y mujeres gritaban estrepitosamente: “¡Policía! ¡Policía! ¡Llamen a la Policía que hay un robo!”

Los Manchuelo y Marcio supieron después que los vecinos en el edificio habían oído y visto el incidente y asumieron que se trataba de un robo cualquiera. A veces los vecinos pueden llegar a ignorar eventos similares, pero sucede que un hombre que habitaba en el mismo piso del edificio era policía. Debido a esto, los vecinos de este bloque en particular no tomaban con mucho agrado los robos en ningún apartamento, así que la esposa del policía corrió hasta un teléfono público a llamar a su esposo a la estación, mientras los otros vecinos les gritaban furiosamente a los presuntos ladrones.

Evidentemente los intrusos, cualquiera fuera su agencia, no querían enfrentarse a la policía ordinaria de Posadas. Soltaron todo inmediatamente, salieron del apartamento y

bajaron por las escaleras, se montaron en un auto y huyeron. Pero sólo tres de ellos lograron llegar al vehículo. Cuando el cuarto sujeto trataba de salir esquivando las partes de la puerta que estaban esparcidas por el suelo, el pequeño Rolando de siete años, con destreza inconcebible, más propia de los hijos de MacDuff defendiendo a su madre de la pandilla de asesinos de MacBeth, tomó su caña de pescar que estaba apoyada contra la pared justo al lado de la puerta y la arrojó como una jabalina entre las raudas piernas del hombre que escapaba. Esto causó que éste se enredara y cayera de frente contra el piso de concreto de afuera del apartamento, de tal forma que se quejó lastimeramente mientras se levantaba, luego se tropezó y salió cojeando por las escaleras hacia la calle para ver como sus tres colegas huían en el auto.

Obviamente se había lastimado bastante las piernas, y probablemente la cabeza, ya que colapsó en la instancia en vez de escapar. Aún tendido boca abajo en la pedregosa y polvorienta calle, fue recogido por la policía e introducido en una patrulla que se lo llevó inmediatamente. Otros policías, incluyendo al vecino de los Manchuelo entraron al edificio para inspeccionar el daño en la puerta y calmar a todo el mundo. Estos policías estaban claramente muy enojados por la vehemencia del incidente, el cual también tomaron como un robo común y corriente a pesar de la cuerda que los frustrados secuestradores querían usar con los Manchuelo y Marcio.

Después de esto, los Manchuelo y Marcio no sabían si sentirse seguros o no en Posadas. Evidentemente, los hombres de Stroessner sabían dónde andaban, pero era claro que no querían enfrentar a la policía local de Posadas, no importando qué arreglos pudieran existir entre las dictaduras de Paraguay y Argentina a nivel clandestino de las agencias de inteligencia secretas. Los Manchuelo debieron haber dejado Argentina de una vez por todas, porque, como lo sabemos ahora, la Operación Cóndor había sido creada en 1975 para coordinar, junto con la ayuda y entrenamiento de la CIA, la represión de toda oposición a las dictaduras de Chile, Paraguay, Uruguay y Argentina. Agustín sabía que estos regímenes estaban confabulados pero no conocía el alcance de la represión sistemática establecida en ese entonces a través de la Operación Cóndor.

Por el contrario, se fueron a vivir a Córdoba, más adentro de Argentina, lejos de la frontera paraguaya, pensando que estarían más seguros allí. Marcio no iba a dejarlos ahora. Al llegar a Córdoba, arrendaron una casa a las afueras de la ciudad y la vida procedió en forma pacífica por varios meses. Incluso Agustín empezó a practicar la abogacía nuevamente desde su casa, usando un cuarto como oficina. Los niños empezaron a ir a la escuela en Córdoba, y todo parecía estar bien. Marcio enfocó su práctica periodística en asuntos argentinos.

Pero la “Gran Cosa” no tardaría en llegar. En septiembre 23 de 1977, los niños estaban en la escuela, Elba estaba visitando a unas amigas, Marcio estaba leyendo en su cuarto y Agustín estaba en su oficina solo, leyendo unos papeles. De repente hubo un gran ruido afuera y Agustín se apresuró hacia la ventana para ver cómo un grupo de adolescentes que corrían por la calle dejaban caer una enorme piedra en el capó de su auto. Salió rápidamente a la calle para ver el daño causado pero inmediatamente fue golpeado en la

cabeza por un hombre que se escondía detrás de un árbol. Otros cinco hombres salieron de una camioneta y los seis lo introdujeron fácilmente en ella, a la vista de la gente que pasaba. Desafortunadamente el cuarto de Marcio estaba en la parte trasera de la casa, y aunque se apresuró a salir a la puerta y a la calle en el momento del ruido, llegó unos segundos después de Agustín que entonces ya estaba en la camioneta siendo llevado por sus secuestradores.

Agustín Manchuelo fue una de las víctimas de la Operación Cóndor en el cono sur de Sur América durante esos años. Nunca fue visto nuevamente y todas las autoridades negaron tener conocimiento de su paradero. Sólo en 1992, cuando los llamados “Archivos del Horror” fueron dados a conocer en Asunción, se pudo demostrar que había sido secuestrado y luego asesinado por agentes de la Inteligencia Paraguaya que trabajaban en asocio con la inteligencia argentina.

Y entonces, en ese momento, cuando Marcio llegó a la conclusión de esta terrible historia, de alguna forma recordé que me había presentado a la señora en su apartamento como Elba Manchuelo. Luego, ella era la pobre viuda de Agustín y ahora podían verse en su cara, aunque aún hermosa, líneas que expresaban el agitado dolor y sufrimiento que sólo puede conocer una viuda de un hombre llevado a la muerte de tal forma.

Después de la desaparición de su esposo, Elba Manchuelo había venido a vivir primero a Holanda, luego a Gran Bretaña. Ahora estaba instalada en Edimburgo, donde sus hijos habían tomado la mayor parte de su educación. Rolando, ahora con treinta años, vivía en Londres y trabajaba con varias ONG’s, pero en ese momento estaba con Sobrevivencia Internacional. Jazmín se casó con un belga y vivía en Antwerp.

Pregunté si era un accidente que Elba y Marcio hubieran terminado viviendo en Edimburgo. Sí, era más o menos un accidente, dijeron, accidente muy agradable.

## JOANNA

Cuando una hermosa chica toca a tu puerta de hotel, tu la abres, sin saber quién será, y está ella allí parada con una hermosa sonrisa, ¿qué otra cosa puede hacer un hombre sino invitarla a seguir? Especialmente si esto sucede en Sur América, y el hotel es bastante decente. Eso fue lo que le pasó una noche a Marcus Kitson, quien se hospedaba en un hotel similar en Asunción, Paraguay, y descansaba en su cama, pensando si salía por un trago a las once de la noche de un martes de abril.

Había estado en Asunción por una semana, para estudiar la historia y las actuales circunstancias del arte popular del Paraguay, teniendo un interés particular en la alfarería, textiles y ebanistería. Como lo sabe cualquier persona que haya pasado algún tiempo en Paraguay, él estaba en el lugar ideal ya que aquí se producen trabajos artesanales de la mejor calidad, con una rica historia de desarrollo desde los indígenas originales del país y desde los jesuitas, entre otras fascinantes influencias.

La chica que se encontraba en su puerta tenía ojos cafés claros y cabello negro, y cuando se movió un poco, su cara reveló un maravilloso perfil indígena; su nariz y boca le hizo recordar a Marcus los retratos y dibujos de las mujeres indígenas guaraníes hechos durante el periodo de la conquista y en tiempos coloniales.

La chica entró, y ella y Marcus se sentaron a la mesa. Mientras le ofrecía un trago que ella aceptó, se preguntó si ella era una chica de programa o si había venido a su puerta por error. Marcus también tomó un fuerte trago de caña, puro con hielo, y después de un corto tiempo, empezaron a sentir el calor de una casa ardiendo. Pronto el estuvo tentado de besar sus bellos labios, y como ella sonrió tan deliciosamente a esto, él sugirió que fueran a la cama.

Muchas horas más tarde, después de hacer el amor paradisiácamamente y de tener dulces sueños intermitentes, la chica se levantó y empezó a ponerse la ropa. Tenía que irse, dijo. Aún medio dormido, Marcus le preguntó si volvería, y ella dijo que tal vez, pero esta vez, con lagrimas en los ojos, le explicó que tenía algunos problemas por resolver.

“¿Qué tipo de problemas?”, preguntó Marcus. “Mi hermana tiene problemas con su pequeño hijo, mi sobrino”, explicó la chica. Antes de continuar, Marcus le preguntó su nombre nuevamente, dándose cuenta de que ya se lo había preguntado pero lo había olvidado.

Su nombre era Joanna, y el problema con su sobrino era que su madre, la hermana de Joanna, había descubierto algo muy malo que el muchacho había hecho la tarde anterior. “¿Qué hizo?”, preguntó Marcus, y la chica le contó cómo el muchacho

había encontrado un pájaro herido con un ala rota, y lo había tirado a la calle para que lo aplastara un bus.

Marcus preguntó si la madre había visto esto. “No”, dijo Joanna, “un vecino lo vio y le contó a mi hermana”. “Y, ¿qué se puede hacer al respecto?”, preguntó Marcus. “No sé”, respondió todavía llorando. “Pero debo ir a ver qué puedo hacer para ayudar”.

Así que terminó de vestirse, le dio a Marcus un cariñoso beso y se marchó del cuarto de hotel. El alba dejaba asomar sus colores rosados y rojos afuera, así que Marcus se sirvió otro fuerte trago y disfrutó el amanecer. Luego se acostó en su cama nuevamente y se durmió.

Soñó con maravillosos pájaros en la selva y hermosas flores de colores en el banco de un río. Se despertó ya en la tarde y se preguntó si lo que había pasado era real, o solo sueño.

## LUDES

Había una vez una chica llamada Ludes que trabajaba en un bar en Concepción, Paraguay, y que a pesar de tener un nombre guaraní, hablaba tanto guaraní como español. Vivía en un pueblo a siete kilómetros de Concepción, con su familia de cuatro hermanos y dos hermanas, también su padre y su madre, por supuesto. A pesar de que Ludes había trabajado en este bar llamado La Victoria por siete años desde que tenía dieciséis, en realidad era de familia campesina, con un padre que trabajaba como obrero en una hacienda.

El bar era muy agradable, abierto hasta las dos o tres de la mañana, y vendían cerveza, caña e incluso vino, empanadas, hamburguesas, varios tipos de carne asada, y también aceitunas y papas fritas. Ludes era una de esas mezclas paraguayas de español, indígena y africano, que parecen concentrar con una completa falta de conciencia, las más bellas características de estas tres razas en un solo ser, haciéndola una chica esencialmente hermosa, sin ningunas pretensiones aparentes ni sofisticaciones competitivas, una belleza tal como la que sólo se puede encontrar en Concepción o en cualquier parte semi-rural de Sur América.

Una noche llegó a La Victoria un hombre de Sándwich, que estaba viajando río Paraguay arriba, de Asunción a Curumbá, para estudiar el pantanal, esa extensa, extraordinaria y hermosa tierra anegada que queda en el norte de Concepción. Su nombre era Tristán, porque sus padres habían sido muy románticos, gente poco común, y él, no tan extravagante como su madre, era un hombre de gran imaginación que a pesar de no ser lo suficientemente arrogante para pensar que él solo podía detener el deterioro ambiental del pantanal, él era joven y lo suficientemente idealista para poder querer unirse a esas fuerzas que se preocupaban por el futuro del pantanal, y esperaba que este viaje lo pusiera en contacto con esta gente.

Tristán estaba alojado en un hotel cerca a La Victoria llamado Hotel del Sol, y había venido a emborracharse con vino, ya que había notado que este bar, cosa inusual, servía vino, y definitivamente tenía ganas de beber el divino fruto de la vid.

Después de vaciar dos botellas de vino tinto de Mendoza, Tristán se recostó en una silla de plástico blanca, pero empezó a sentir que la silla estaba desbaratándose. De hecho, una de las patas no estaba en su lugar, saliendo defectuosamente, y seguramente se habría caído si Ludes no hubiese notado el problema y no se hubiera acercado para prevenir el colapso. Le recomendó a Tristán cambiarse de asiento, y haló otra silla plástica blanca, sobre la cual Tristán se sentó una vez más para relajarse vigorosamente. Ella le preguntó de dónde era, qué estaba haciendo en Concepción, cuánto tiempo hacía que estaba en Paraguay, y si estaba casado. Cuando Tristán respondió “No” a la última pregunta, ella le preguntó si tenía a alguien especial, y una vez más Tristán respondió “No”, pero esta vez agregó, debido tal vez al vino que había consumido, “¿Quisieras ser ese alguien?”



Ludes sonrió amorosamente. Dijo que el bar cerraría muy pronto, y preguntó dónde dormiría Tristán. Él explicó que tenía un cuarto en un hotel cercano. “¿Querrías venir conmigo?”, preguntó tan amablemente como pudo. “Sí.”, dijo Ludes, y después de que hubo resuelto sus asuntos con el dueño del bar, salieron en silencio, y caminaron algunos metros por la silenciosa, polvorienta, caliente y oscura calle hacia el Hotel del Sol.

El recepcionista del Hotel era muy amable, y con llave en mano entraron al cuarto de Tristán. Después de una pequeña charla, fueron a la cama e hicieron el amor, muy suave y deliciosamente. Después, mientras descansaban, oyeron voces que provenían de la calle, entonces Tristán fue a la ventana a ver qué era, y Ludes le explicó que era el recepcionista del hotel, con otra gente, leyendo la Biblia en guaraní.

“¿En mitad de la noche?”, preguntó Tristán. “Oh, sí, pueden leer la Biblia por horas y horas, a cualquier hora”, replicó Ludes. Entonces Tristán volvió a la cama, e hicieron el amor nuevamente.

## **UN HOMBRE CAYÓ EN CURUMBÁ**

Un hombre cayó en el sistema de suministro de agua en Curumbá. Estaba solo, trabajando con unos equipos, así que nadie lo vio cuando cayó. No lo pudieron sacar cuando lo encontraron, porque estaba aplastado dentro de la maquinaria. Algunos de sus restos fueron extraídos muchas semanas después en un estado de avanzada putrefacción.

## CIUDAD OSCURA

Hace algunas semanas estaba caminando, sin propósito particular en mente, por el área oscura de la ciudad. Aquí todos los edificios eran grandes; horribles bodegas y fábricas formaban siluetas grises en el humeante cielo. De repente sentí que un edificio me llamó especial interés, así que me paré frente a él en silencio por algún rato. Era un gran edificio Victoriano, que por algún motivo reconocía como una escuela o como una institución de algún tipo. Es difícil decir porqué me llamó la atención pero su sombría apariencia desplegó un indeseable hechizo sobre mi.

No pude ver adentro del edificio porque las ventanas con luces tenían cerradas sus cortinas. Pero entonces vi dos caras que aparecían en una de las ventanas oscuras; una pequeña niña y un muchacho me miraban con pálidas caras. De alguna forma supe instantáneamente que algo extraño y horrible les estaba sucediendo en este edificio. Me miraron con impotencia como si un habitante del mundo exterior no pudiera ayudarlos.

Sus caras desaparecieron. Cuando me di vuelta para moverme, ya había decidido que debía hacer algo por los niños del edificio.

Poco después estaba en otra casa con Marlene y un grupo de hombres que no conocía, hablando de los niños y de lo que ahora se había convertido para mi en un internado. Los hombres, cuatro o cinco de ellos, eran todos gruesos con caras rudas y poco sonrientes. Se comportaban bruscamente y me habrían incomodado si no hubiera sido por la gravedad de la situación que presionaba mi mente. Sin embargo todos mostraron una sincera y sólida preocupación por los niños, lo cual les agradecí.

Había desarrollado un plan que les expliqué a mi acompañantes. Mi idea era ir a la escuela una noche y rescatar a algunos de los niños, con mucha esperanza de encontrar a los dos que había visto en la ventana. Los llevaríamos a algún lugar seguro donde podíamos calmarlos y hacer que desapareciera su miedo y su tristeza. Una vez que nuestras acciones hubieran sido dadas a conocer a las autoridades y al público, exigiríamos que las condiciones de la escuela fueran reveladas y mejoradas antes de que informáramos acerca del paradero de los niños. Al principio los hombres tenían muchas dudas sobre mi plan, diciendo que era muy arriesgado, pero los persuadí de su necesidad e hicimos las preparaciones necesarias. La noche de la operación de rescate nos desplazamos hasta allá con un pesada escalera a través de oscuras calles hasta el lugar donde había visto el edificio. A veces pensaba que había olvidado el camino, pero pronto pasaríamos por un punto de referencia que me hizo saber que íbamos en la dirección correcta. Precisamente cuando estas dudas me acechaban, doblamos por una esquina y estaba en frente del edificio, tal como la primera vez. Lo señalé en silencio y pasamos una reja abierta, sobre un césped descuidado, para pararnos bajo la ventana donde antes había visto los dos niños, sin molestarme en verificar si estaban allí ahora.

Desdoblamos la escalera, y alcanzó el antepecho de la ventana, como había imaginado. En un sobresalto controlado, empecé a ascender. Un paso tras otro, casi sin ruido: la casa no se movió. A mitad de camino miré hacia abajo; mis compañeros miraban hacia arriba preocupados y uno de ellos sostenía la escalera con seguridad. Continué mi ascenso, pasando las ventanas del primer piso con cortinas cerradas, hacia el segundo piso. Me encontré frente al antepecho, y miré a través de la negra ventana. Dos pares de ojos brillaban con calma y sin moverse. Los niños estaban donde los había visto la última vez.

Les hice señas para que abrieran la ventana. Por un segundo no se movieron, y en ese segundo muchas ideas extrañas pasaron por mi cabeza. ¿Correrían y les dirían a las autoridades que yo estaba allí? O tal vez eran retardados mentales o por alguna razón no podían responderme. Incluso se me ocurrió que podían empujar la escalera antes de que yo tuviera la oportunidad de pasar el borde de la ventana.

Pero mis temores fueron innecesarios. Después de un momento de quietud, abrieron rápida y eficientemente la ventana y me ayudaron a entrar. Me encontré en un mohoso cuarto; el piso era de tablones descubiertos, áspero y empolvado. Las tuberías cruzaban el cuarto en la parte alta, y de allí colgaban algunas toallas. No había otros muebles. No pude ver de qué color eran las paredes, pero la pintura se estaba pelando por partes.

Me asomé y le indiqué a uno de mis compañeros que subiera, lo que hizo inmediatamente. Le entregué el primer niño, luego el otro, y se los pasó a alguien que lo había seguido por la escalera. Los niños parecían no tener miedo.

Luego atravesé el cuarto hacia la puerta. La abrí. Entré en un corredor oscuro como el cuarto que había dejado. Silenciosa y lentamente caminé por el, mirando cautelosamente a mi alrededor y listo para correr nuevamente hacia la escalera si era necesario.

Encontré una puerta del mismo lado del corredor donde quedaba el primer cuarto. La abrí con cuidado; parecía no haber nadie adentro y metí mi cabeza en la habitación. Estaba oscura, y todo lo que vi fue una cama bajo la ventana, sobre la que había cuatro niños sentados. Al parecer no había nadie más y entonces me acerqué a los niños y les susurré:

“No tengan miedo, he venido a llevarlos a un lugar mejor.”

Tomé las manos de dos de ellos y los llevé hacia la puerta. Después de un poco de duda, los cuatro vinieron. Los llevé directamente hacia el primer cuarto y decidí dejar la operación con seis rescatados.

Ya en la ventana de escape, le pasé tres niños al hombre de la escalera, pero luego vi que el cuarto niño había desaparecido. Me devolví rápidamente hacia la puerta y miré por el corredor; no vi nada pero imaginé que escuché un sonido. Sin esperar para identificarlo, me devolví hacia la ventana y me deslicé escalera abajo. Por la velocidad de mi descenso los otros adivinaron que no había tiempo que perder y cuando llegué al piso ya los otros estaban en la calle. Corrí tras ellos, dejando la escalera atrás. Tan velozmente

como pudimos, llegamos a una camioneta que teníamos estacionada, cada uno llevando y casi halando a un niño. No escuchamos ningún ruido ni vimos que alguien nos siguiera, y una vez en el vehículo, arrancamos a toda prisa.

Llevamos a los niños a un molino en el campo que habíamos alquilado previamente. Era un pequeño y aislado edificio, escondido entre los árboles y a donde se llegaba por un angosto camino. Los niños andaban callada y reservadamente, pero muy sumisos. Les dimos comida y tratamos de hacerlos sentir cómodos, contándoles las maravillosas cosas que haríamos con ellos durante su estadía. Me sentí seguro de que, aunque mitigados, un destello de calidez había entrado en sus miradas.

Al día siguiente, hace diez días, acordamos enviar cartas anónimas a la autoridades y a la prensa, explicando el secuestro y haciendo ciertas exigencias que habían de cumplirse antes de que regresáramos a los niños. Los siguientes días los pasamos cuidándolos y conociéndolos mientras esperábamos respuesta a nuestra carta, que iba a ser puesta en una cartelera pública en la ciudad por donde mucha gente pasaba a cada rato.

Hace tres días, una semana después que habíamos llevado los niños al molino, pasé por la cartelera pero no había respuesta alguna. Cuando volví al molino, al entrar encontré a mis compañeros juntos en la cocina. Me miraron con expresión extraña y tosca.

“El muchacho, cuál es su nombre, Ronnie?” dijo uno de ellos.

“¿Sí?” pregunté, parado en la puerta, sintiendo que algo andaba muy mal.  
“Está muerto. Lo matamos”.

Miré con horror de una cara a otra, pero no hubo cambio de sus expresiones y nadie dijo nada. Salí rápidamente del cuarto y subí las escaleras. A mitad de camino encontré a Marlene cuya cara reflejaba miedo y estaba completamente blanca.

“¿Mataron a Ronnie?” fue lo que pude decir. Ella asintió.

“¡Debió ser un accidente!” dije, pero ella sacudió la cabeza lentamente y musitó en voz baja:

“No, no.”

Lo espantoso de la situación me había golpeado al fin. Pensé muy rápida y racionalmente. Si estos hombre eran unos brutales asesinos, no tendrían reparos para matarnos a Marlene y a mi si pensaban que estábamos en contra de ellos. La única forma para mantenerme vivo e informarle de lo sucedido al mundo exterior era hacerles creer que no objetaba su acción. Volví a la cocina tratando de parecer totalmente normal. Todos los ojos estaban sobre mí mientras trataba de dar la impresión de que aún estaba con ellos, pero traté de no parecer excesivamente amigable. Me hicieron muchas preguntas acerca de lo que pensaba que debía hacerse, obviamente probándome. Trate de adivinar lo que tenían en mente para así responderles de manera que los convenciera

de mi inofensividad. Deduje que pensaban que todos debíamos permanecer dentro del molino, y entonces les hice entender cuán necesario era que nadie saliera de él.

Después de uno o dos días, sentí que mi posición estaba más segura y que confiaban en mi. Busqué una oportunidad para huir del molino. Debía tener una razón, pues se había acordado que siempre debíamos estar de a dos o más en el cuarto para que nadie tratara de salir de allí. Mi excusa al fin llegó cuando necesitamos comida, y nos dimos cuenta que no teníamos mucho dinero. Yo tengo una chequera, así que casualmente sugerí que iría a comprar comida y pagarla con un cheque.

Por un segundo parecía que mi idea no había hecho surgir ninguna sospecha, pero entonces los niños, quienes habían estado sentados pálidos y callados en la esquina desde la muerte de Ronnie, súbitamente dijeron:

“Si va a salir, por favor dígame a nuestros padres que estamos aquí”

En ese mismo instante los asesinos me miraron con terrible sospecha y repentina locura en sus ojos. Traté de tranquilizarlos al gritarle a los niños: “No, no les diré. ¡Ustedes no me importan nada!”

Pero esto no tuvo efecto, y fue como un pinchazo que disparó las dudas de los asesinos.

No volví a mencionar mi idea de la excursión a la tienda y ellos tampoco la mencionaron más, aún habiéndonos acabado la mayoría de provisiones. Durante los últimos dos días sus sospechas acerca de mí no han disminuido, y he permanecido siempre bajo su vigilancia a todo momento.

Debo salir al mundo exterior antes de que mis compañeros maten a otro niño. Las llaves de la camioneta están en el armario de un cuarto subiendo las escaleras; no me atrevo a tocarlas hasta que tenga una verdadera oportunidad para correr a ella y escaparme. Pero si logro huir, no seré capaz de llevar a Marlene y a los niños conmigo porque están siempre en cuartos diferentes debido a las sospechas de nuestros acompañantes. Y si huyo sólo, ¿no les habrán hecho daño a Marlene y a los niños antes de que yo pueda entrar en contacto con las autoridades?

## CAMBIÁNDOSE DE IDENTIDAD

No era claro, una mañana de diciembre, por qué exactamente Douglas Crabbe decidió cambiarse el nombre por Johannes Schulter, pero fue lo que hizo. Inmediatamente procedió a hacer este cambio oficial y legal, de tal manera que cuando llegó a su oficina, el 17 de diciembre a las nueve en punto de la mañana, calmado pero jubiloso, anunció que desde ese momento su nombre no era otro que Johannes Schulter.

“Pero, por qué?” preguntó una secretaria, ya sentada en su escritorio, frente a su computador.

Douglas, ahora Johannes, no contestó, sino que siguió su camino hacia su propio escritorio en la Oficina de Planeación.

Una amigo de Johannes (y por respeto a él debemos llamarlo por su nombre deseado), estaba durmiendo profundamente lejos en Colombia, ya que allá era seis horas más temprano. El nombre de este amigo era Ricardo, y a pesar de que Johannes le había enviado un e-mail para informarle del cambio de nombre, él (Ricardo) no sabía que su amigo había declarado en ese momento su nueva identidad.

Cuando Ricardo se despertó, a las once en punto hora local, no se levantó ni se apresuró al trabajo, porque no tenía trabajo. Permaneció donde había estado durmiendo, en una pequeña casa en la ciudad de Ibagué, y se preguntó qué hacer ese día. Ricardo había nacido en la Costa Norte de Colombia, en una pueblo cerca de Santa Marta, pero había venido a Ibagué cinco años antes porque pensaba que podía encontrar trabajo allí, como chef. Era un buen chef, pero no había podido encontrar un empleo permanente en un restaurante razonable o en un hotel en Ibagué, y sentía vergüenza de volver a su ciudad con las manos vacías y sin ningún éxito que reportar. Y entonces, dormía en el piso de un apartamento de su primo, inseguro de qué hacer.

Ricardo miró a través de la ventana, y disfrutó al ver un hermoso pájaro posado en un árbol, hasta que al fin fue inspirado para tomar una hoja de papel y un estilógrafo, y empezó a escribir un poema:

Oh colorido pájaro  
Que feliz te ves  
¿Me ves?, extraño,  
Soñando en un riachuelo

Ricardo empezó a pensar en su amigo Johannes, tan lejano, y decidió ir a un café Internet a mandarle un e-mail. Pero cuando se levantó, el perro de su primo se le acercó rápidamente y mordió su tobillo derecho, así que volvió a tierra y curó la pequeña herida. Una vez dejó de doler, encontró que otro verso del poema llegaba a su mente, así que lo escribió también:

Oh, mi amigable pájaro,  
¿Es tu vida difícil?  
La encuentras absurda,  
¿O es sólo insulto?

Ricardo se recostó, preguntándose si estos dos versos constituían un poema entero, o si eran simplemente las primeras dos estrofas de lo que desarrollaría como un poema más largo.

Ahora, Ricardo no era alguien visto por el mundo como poeta, pero a veces escribía poemas, y sentía, porque era oriundo de una parte de Colombia donde se había producido una gran literatura, que debía persistir en su vocación poética, aún si nadie se daba cuenta de sus esfuerzos.

La madre de Ricardo era una enfermera que trabajaba en un hospital en las afueras de Santa Marta; su padre había sido un pescador, pero ya no trabajaba porque sufría de varias enfermedades. Ricardo no había tenido nunca dinero de que alardear, aunque no era uno de los más pobres de Colombia. Pero estaba aburrido; aburrido con que nada pasara, a pesar de que no quería ir a otro país como muchos de sus conocidos: a España, Inglaterra o Estados Unidos. Era algo patriótico en este sentido, y sentía que estos países no le proporcionaban las respuestas a los anhelos de su alma.

Ricardo conoció a Douglas, ahora Johannes, en un club nocturno cerca de Santa Marta. Johannes había disfrutado mucho la música que allí había tocado la banda de músicos, a los que Ricardo conocía porque algunos de ellos eran sus amigos. Él y Johannes se mantuvieron en contacto cuando este volvió a su país, deseando Ricardo que algún día volviera a Colombia.

De un momento a otro Ricardo tuvo una idea valiente. Se vistió, salió presuroso de la casa al río, y se lanzó en picada. Se sumergió en el agua, y después de algún tiempo salió a la superficie, pero ya no era un hombre sino un delfín. Se había vuelto un delfín, y ahora sabía que podía quedarse en el río mientras la suerte o el destino le permitieran estar vivo. Y a pesar de que de allí en adelante en ocasiones sentía tristeza de no haberse comunicado nunca más con Johannes, se sintió mucho más feliz, aunque pensaba con mucho afecto en su viejo amigo.



## ANDREW DICK

Tan pronto como llegué allí, me pregunté por qué había venido. Estaba en el corredor de mi vieja escuela, observando cómo la puerta de mi salón de cuarto grado se asomaba más y más. De hecho, no recordaba haber planeado, o aún, haber acordado venir, pero tenía la sensación de estar obligado a atravesar esa puerta: la gente allí nunca habría aceptado que yo cambiara de parecer. Entonces, se me ocurrió de repente que no había nadie conmigo, así que di media vuelta y empecé a caminar con el paso lento y seguro que usaba a veces para salir de una situación que me atemorizaba.

Pero entonces uno de ellos dijo:

“Oh no, no puedes salir de esta así como así. Normalmente resultaría muy bien, una apariencia muy convincente de certeza y confianza, el tipo de acto que haría que pasaras desapercibido por el lado de una patrulla si estuvieras vestido como uno de sus soldados. Pero no olvides, esta vez podemos leer tu mente.”

Me di vuelta nuevamente como si no me hubiera importado, y traté de decir algo como que no tenía intención de irme, pero que había pensado de repente que la puerta que debíamos pasar estaba al otro extremo del corredor. Pero en realidad emití un absurdo balbuceo. Por un segundo me sentí cómodo al pensar que si podían leer mi mente habrían entendido lo que quise decir aunque lo había dicho incomprensiblemente. Pero entonces me di cuenta de que por supuesto conocían todo lo demás que estaba pensando y que sabían entonces que mi excusa era una mentira, en ese momento me pregunté si podían seguir mis procesos de pensamiento inconsciente también, o sólo los conscientes. Porque si sólo podían entender los pensamientos conscientes, podía hacer que todos los pensamientos indeseables se volvieran inconscientes. Pero me di cuenta de que me estaba confundiendo.

Pude sentir que me enfriaba. Mis manos temblaban tanto que las puse en mis bolsillos. Evité sus caras, pero traté de ver si podía robar una mirada de reojo. Cuando miré al frente nuevamente, me di cuenta de que estaba viendo directamente a la cara de uno de ellos. Inmediatamente reconocí a Andrew Dick, pero había algo en él que no podía descifrar.

“Oh sí”, dijo, “me he vuelto más ostra desde la última vez que me viste”. Y de repente fue claro que era una ostra, y recordé que había empezado a parecerse a una ostra en la escuela. Pero era raro; antes no recordaba esto.

“Ten cuidado con tus bolsillos, no olvides que el material es débil.” Me dio una mirada monstruosa y asintió repetidamente con su cabeza. Se dio cuenta de que mis manos temblaban en mis bolsillos. No estaba seguro de si actuar agresivamente o sumisamente. Nunca antes había sido este conflicto tan fuerte.

Entramos al salón. Tuve una súbita sensación de alivio: ¡no era el salón de clase después de todo! Era la sala de espera de una estación de tren del Sur de Alemania.

“Reconozco esto”, dije en voz alta.

“Ha cambiado mucho”, dijo Andrew Dick muy formalmente. “Para bien o para mal, es una cuestión de opinión.” Sonrió, y yo me reí en una forma que sonará amigable, pero lo hice tan fuertemente que hizo eco y resonó por todo el salón, que ahora parecía muy alto. Miré hacia arriba y observé que el techo era un domo de vidrio manchado y que había unas cosas negras aleteando entre las vigas de madera.

“¿Murciélagos o gallinazos?” pregunté, como si fueran un lugar común.

“¡Ajá!” dijo Dick, con un solo movimiento de su cabeza, la clase de movimiento que siempre hacía en la escuela cuando no quería divulgar un secreto. Hice una mueca decepcionante, con la intención de hacerlo sentir importante, desesperado por apaciguarlo.

“Ya ves, ahora le enseñamos a los niños física y mentalmente retardados”, dijo. Miré alrededor. Postrados en el suelo había jóvenes de todas las edades. Se movían y se retorcían, todos de la misma forma. Sus brazos estaban doblados y apoyaban su cuerpo como lagartijas. Cada uno de ellos balanceaba una pierna hacia atrás doblando la otra hacia al frente y usándola como palanca para serpentear alrededor. Sus cabezas estaban forzadas hacia al frente, uniéndose a unas nuca torcidas, como impacientes por el lento progreso de su cuerpo. “Esta se llama la ‘Clase de salamanqueja’, pero la Sociedad Protectora de Animales ha pedido que se cambie el nombre. Los niños deben ser motivados moralmente,” agregó Dick. “¡Por supuesto! ¿Cuándo entenderán eso?” dije, preocupado de repente por la condición de los niños.

“Las cosas toman tiempo para cambiar, especialmente las ideas de la gente,” dijo otro de mis guías acompañantes moviendo su cabeza cautelosa e impacientemente.

“Seguramente, con un esfuerzo concertado de los miembros más jóvenes del personal, las condiciones podrían mejorar,” dije, muy ansioso de cambiar el tema a pesar de no estar muy seguro de ello. El hombre que acababa de hablar siguió sacudiendo su cabeza. Parecía un vigilante nocturno en una bodega. Llevaba una gorra de tela, pequeña y ajada, con cara hosca pero amable. Era de la clase de personas que había vivido y visto mucho a pesar de siempre mantenerse en un rumbo fijo. Parecía mi única esperanza.

“Debieron haberse dedicado mucho a estos niños,” dije, pensando inmediatamente que sonaba falso. Miraba fijamente a su cara. Yo era mucho más alto que él y era imposible demostrar un poco de amabilidad. Me di cuenta de que él sólo podía pensarme condescendentemente. Pero su cara no mostraba ningún signo de inferioridad. Un ojo miraba directamente al mío, el otro en una dirección completamente diferente. El ojo que me miraba no tenía expresión alguna, pero parecía titilar al mismo tiempo. Era arrogante, parecía despreciarme, y no tenía temor de una mirada prolongada. Traté de sonreír, pero el ojo penetraba más y más dentro de mi ser; parecía carcomerse mi alma,

ver todas las debilidades en ella, y ver mis intentos de escapar, de actuar con confianza y de apaciguarlo. Pensé que debía ser yo quien debía mover la mirada, para parecer respetuoso. Él ya no era más un viejo para quien mi amabilidad fuera un placer. Pero no podía mover la vista, y todo el tiempo penetraba y husmeaba en la parte más blanda, más indefensa y más indeseable de mi persona.

Después de un largo tiempo, dio un giro, manteniendo un ojo dentro de mí hasta el último momento. Sentí oleadas de hormigueo que empezaban en mi estomago y se esparcían por todo mi cuerpo, ataques consistentes de frío y calor subiendo por mi cabeza y retumbando, y esparciéndose hacia mis muslos como un orgasmo paralizante. Me invitó a seguir. Se movía en grandes y lentos pasos, y en cada uno de ellos su cuerpo se agachaba mucho y subía nuevamente, cómico pero siniestro. Sus pesados pasos parecían trabajar en conjunto con las debilitantes oleadas de hormigueo que se esparcían dentro de mi.

Pienso que salimos por la misma puerta por donde entramos pero ingresamos a un negro túnel anular. Caminamos en contra de una continua corriente de aire frío. Muy pronto encontramos a un tipo que tocaba la guitarra bajo un farol, y con un sombrero recogía dinero. Mis dos acompañantes no hicieron caso de esto, pero yo paré y rebusqué en mi bolsillo. Pensé que así demostraría mi independencia y que el guitarrista me ayudaría. Encontré en mi bolsillo primero un clip, después una hebilla de un cinturón de vaquero americano con un toro cuernudo. Pasé mis dedos sobre los suaves cuernos resaltados y la puse en el sombrero. El tipo sonrió, y siguió tocando. Tocaba acordes rápidos y alegres, sonreía ampliamente y movía su cabeza de lado a lado casi como un payaso, como si fuera el hombre más feliz de la tierra. Me sonrió nuevamente, luego guiñó un ojo, y sonrió otra vez. Las lágrimas llegaron a mis ojos por la emoción de encontrarlo. Deseé que dejara de tocar para que pudiéramos hablar. Luego pensé que esta debía ser una estación subterránea del metro, y que habría mucha gente si nos subíamos a un tren. Así que seguí a Andrew Dick y al viejo por el túnel.

Entonces fue cuando decidí ser fuerte, incluso agresivo. Apreté los dientes para enfatizar mi decisión. Después de varios minutos de caminar en silencio, el túnel se expandió en una cámara. Pero no había máquinas expendedoras de tiquetes, no había trenes ni recolectores de tiquetes. Me encontré de pie entre mis dos acompañantes mirando un libro abierto con una partitura. Estaba colocado en un atril de madera.

“Esta es nuestra clase de música”, dijo Dick, “observa con cuidado. Es un nuevo método”.

Varias figuras danzaban detrás del atril, pero se oían sonidos estridentes en todas las direcciones.

“Ves, estos pupilos son también las notas. Has tenido algún contacto con el concepto de trasmigración desde la última vez que nos vimos?”, preguntó Dick.

“¡Ah!, ya veo”, dije, “no, no mucho pero pienso lo suficiente como para entender de qué se trata esto.”

“Umm”, replicó, sin impresionarse. “Si miras la partitura cuidadosamente, y luego a los pupilos, verás que son uno solo.”

Así lo hice. Las figuras de los pupilos se movían y hacían cabriolas tan rápido que encontraba difícil enfocarme en sus cuerpos; parecían ser no más que oscuras sombras. Podía ver sus cabezas que eran círculos negros, como las partes rellenas de las notas. Parecían estar atadas ahora a los cuerpos viéndose como cintas de un material aterciopelado negro, cuyas partes inferiores se deslizaban y cepillaban la tierra.

“Ahora, mira la partitura, los pupilos, la partitura, los pupilos...” fui de la una a los otros, y lo hice muchas, muchas veces. Las cosas empezaron a nublarse. Pude escuchar la voz de Dick viniendo de diferentes direcciones, como si estuviera moviéndose detrás de mí mientras hablaba. Muy pronto sentí que no estaba seguro de lo que veía, las figuras o la partitura. Parecían fusionarse, pero sabía que estaba mirando la partitura cuando él decía: “partitura”, y a los otros cuando decía: “pupilos”. Las notas de la partitura empezaron a moverse en el papel, y las figuras parecían notas escritas. Traté de asentir para mostrar que entendía el principio a la vez que pasaba rápidamente de una cosa a la otra.

“¡Ja,ja,ja!” el viejo rió bronquialmente. “Aún no sabe que está viendo el infierno.” Me di vuelta para mirar a Dick. Me dio una sonrisa torcida, “Damos a nuestros pupilos más prometedores una introducción a todas las formas musicales, incluyendo las demoníacas. ¿Recuerdas el final de ‘Don Giovanni’, cuando los demonios arrastran al Don al infierno?”.

“Oh, si, que interesante”, dije. “Pero nosotros no estamos en el infierno, ¿cierto?”.

“Oh, pensé que antes habías dicho que sabías lo suficiente de trasmigración para entender el punto de esto”, dijo.

“Oh, probablemente entiendo, pero sólo cuéntame un poco para ponerlo en perspectiva. No he tenido contacto personal con algo de este tipo.”

Mis acompañantes se miraron el uno al otro. No estaba seguro qué contenía esa mirada.

“Mira, no trates de ser astuto. ¿Por qué simplemente no puedes decir si sabes de alguna cosa o no?” dijo el viejo.

“Bueno, las cosas no son siempre tan simples o claras como eso. Trataba de ser honesto.” Me sentí como en un juicio, siendo inconsistente.

“Tomará algún tiempo para hacer una introducción,” dijo Dick. “Ven hacia acá.”

Me vi caminando sobre pasto y brezno. Era como estar en un páramo de noche, pero sin luna. Dick ya no era una ostra. Llevaba una falda escocesa. La miré.

“¿Qué miras?” dijo agresivamente, con ese tono de muchacho de colegio que yo conocía. Sacudí mi cabeza servilmente para implicar “nada”. “Debemos tener una apariencia que encaje con el lugar, especialmente con las clases más jóvenes”, dijo. Recordé como en la escuela había pasado de ser una molestia rebelde a ser muy oficioso cuando fue hecho prefecto. “Exactamente la misma cosa ahora,” pensé.

Estábamos al filo de un precipicio. Estábamos de frente a un espacio negro y vacío que se extendía hasta la eternidad, un cielo negro que no presentaba ninguna línea de demarcación en su contra.

“Este es el infierno”, dijo Dick, haciendo un gesto de afecto y sabiduría con su palma estirada. “o el día del juicio, o la eternidad, o el universo, o....” y aquí sonrió insípida y gentilmente, “o aún el cielo”. ¡Cómo me enfureció con su pedante inteligencia!. “No alardeaba de ser un orador antes, el ignorante iletrado,” me dije a mi mismo. Su sonrisa desapareció y me miró con expresión opaca, tal como lo hizo la vez que me castigó en su primera demostración de autoridad y responsabilidad después de ser nombrado como prefecto. Por supuesto sabía lo que había pensado de él.

Muy cerca de nosotros, al borde del precipicio, había un edificio. Un grupo de hombres en uniformes de policía americanos estaba afuera.

“A la estación de policía”, dijo Dick, en un tono mandón. Algunos policías se acercaron, con pasos fuertes. Tenía la diminuta esperanza de que vinieran por alguno de los otros dos, pero se acercaron directo a mí.

Sabía que era culpable, pero no recordaba de qué.

“Necesitamos una declaración”, dijo uno de los policías.

“Por supuesto”, pensé. “¡La hebilla! ¡Los cuernos del toro eran de oro!. ¡Obviamente es ilegal tener oro en ese túnel!” me maldije a mi mismo por no haberla dejado en mi bolsillo.

“Tratando ser un poco listo con tu generosidad”, dijo Dick.

El policía me habló nuevamente.

“Probablemente no has tenido muchas experiencias con estas estaciones de policía. Estamos tan cerca de....esto”, y movió su mano hacia la oscuridad más allá del filo del precipicio. Lo usamos en vez de cárcel o ejecución”.

“Ya veo, ¡no querría ser uno de los que cometiera una ofensa!”, dije, fingiendo asumir que nada me pasaría. No recibí respuesta alguna. Me acompañó al edificio, que resultó ser una cabaña de madera.

“¿De qué estado es usted?” traté de ser amable.

“En Canadá los llamamos provincias.”

“Oh, son los uniformes de policía los mismos en Canadá que en Estados Unidos?”

En verdad pregunté con interés, con mi miedo pareciendo alcanzar su máximo nivel, así que ahora estaba tomando todo tal como viniera. El policía me dio una mirada de reojo poco amigable.

Me llevaron a un cuarto en la cabaña. Todos me miraban con fuerte resentimiento. Estaba conciente de que había dicho algo malo. “Soy un tonto,” pensé, “uno tiene que recordar tener especial tacto cuando está con gente de otra cultura. Es realmente mi culpa. Si no hubiera dicho eso me habrían ayudado.” Pero ya no podía recordar lo que había dicho.

Estaba solo en el cuarto. Saqué mi mano izquierda de mi bolsillo, pero mi muñeca empezó a volverse muy larga y delgada, casi como una macilla cuando se hala de ambos extremos. En un punto se volvió tan delgada que traté de tomarla con mi otra mano para evitar que se rompiera. Pero fue muy tarde. ¡La mano se zafó y salió dando saltos! Traté de atraparla por el cuarto, detrás de viejos muebles, como si fuera un ratón.

Justo cuando había arrinconado a la mano y estaba a punto de agarrarla, el Comentarista de mi Vida habló. No me sorprendí en oírlo, a pesar de que no podía verlo y que nunca lo había escuchado o siquiera sabido de su existencia. Dijo, “¿Por qué no escapas? ¿Dónde esta tu fuerza de voluntad?”. Me sentí lleno de energía y coraje y salté directamente por una ventana, sin mirar a donde aterrizaría o cuán alto era. Resultó ser una caída de varios pisos.

Estaba totalmente oscuro así que no podía ver cuando llegaría al fondo. Sentí un terrible dolor en mi estomago como si me sacarían las entrañas. Así que me agarré el estomago y esperé el aterrizaje.

Me sorprendí de caer sin herirme. Me encontré en una franja de tierra de casi dos pies de ancho que rodeaba la cabaña de madera. El oscuro vacío más allá de ella rodeaba ahora la estación de policía. Miré a través de una ventana del edificio. Varios policías estaban sentados alrededor de un calentador en un cuarto iluminado por un solo bombillo. Uno de ellos me vio y me señaló. Luego todos me miraron. Algunos de ellos sonreían.

“¡Salta al cráter para escapar!” dijo uno de ellos.

“¡Pero es el infierno!” les grité. Pero no podían oírme a través del vidrio de la ventana, y no me moví.

“Si entras voluntariamente a él, es la escapatoria: la libertad. Si eres forzado a ir, entonces por supuesto, es el castigo o el infierno.”

“Eso es muy cierto”, pensé. “Es la gran paradoja de la vida; libertad y esclavitud, cielo e infierno son la misma cosa. Sólo depende de tu forma de pensar”. Me sentí casi

agraciado. Sentí que quería felicitar a los policías por su inteligencia, y comentar que si alguien los consideraba estúpidos estaba muy equivocado. “Uno haría mejor en venir a ellos que a los filósofos académicos”, me sentí muy seguro de esto.

Me di vuelta. La oscuridad era silenciosa, húmeda, hueca. Parecía arrastrarme hacia ella; el piso daba vueltas bajo mis pies. Salté.

## ¿VERDAD O MENTIRAS?

Antes de que el lector empiece a preguntarse si este cuento es verdad, debo admitir que normalmente tiendo a *ser* exagerado o a embellecer las cosas cuando hablo a una audiencia acerca de algo, pero no cuando escribo. Y entonces, ahora, le aseguro al que lee, que la siguiente historia es en realidad verdadera. La razón por la que insisto es que el héroe de mi historia, Jim Cloop, es una persona absolutamente honesta, y que toda su familia, que conozco muy bien, son almas de impecable integridad; todos vienen de una isla lejana de la costa oeste de Escocia cuyo nombre olvido en el momento.

Cuando le expliqué hace poco a Jim que tenía la determinación de narrar su historia, me imploró que no lo hiciera aduciendo que ofendería a su familia. Cuando le pregunté el porqué, me explicó que no venía de esa familia biológicamente hablando, ya que había sido adoptado por sus “padres” cuando tenía dos años. Pero hay otra razón por la cual Jim Cloop no quería que yo narrara su historia y sólo vine a entenderla algún tiempo *después* de que empecé a escribirla, muy inocentemente, y era que él mismo quería escribir su propia historia.

Así que estoy escribiendo este cuento con un sentido de extrema humildad y comedimiento ya que no quiero ofender a Jim ni a los que siempre he tratado como sus familiares, ni al lector que obviamente no quiere leer mentiras ni falsas fabricaciones.

Mi historia comienza cuando Jim abordó, o casi aborda, o mejor, trató de abordar un ferry de Jura a Islay. Desafortunadamente resbaló tratando de subirse, golpeándose fuertemente al quedar atrapado entre el muelle y el bote. Sin embargo, debo decir que cuando discutí este punto con él después, enfatizó *no haber resbalado* sino haber sido empujado por cierto miembro de la tripulación llamado Rory Docherty, y que por eso había caído a las frías aguas del mar ese día a las 4:55 p.m., diez minutos antes de que el ferry debiera salir.

Cuando traté de indagar porqué Rory Docherty lo había empujado de esta manera, en una isla tan normalmente pacífica, en una bella tarde de octubre bajo un hermoso cielo azul con gaviotas blancas chirriando alrededor, me contó un triste cuento que representa sin embargo una digresión de la historia que estoy tratando de contar. Me contó que Rory Docherty estaba supremamente celoso porque él creía que la noche anterior había estado haciendo locuras con su esposa en La Gaviota Azul, un bar cercano al puerto de la isla de Jura. Pero Jim Cloop insistía en que nada de esto era cierto. Simplemente sucedió que él, Jim, había bebido una buena cantidad de whisky de malta con la esposa de Rory en La Gaviota Azul, pero que nada raro había sucedido.

Todo esto me hizo recordar dolorosamente, si el lector me permite otra digresión, un desafortunado incidente que me había sucedido por ese tiempo, en una fiesta no muy lejos de allí, pero esta vez en tierra firme, donde yo, en son de chiste y broma, le subí la falta a una chica mientras bailaba cerca de ella, pero no con ella, para mostrar las



llamativas botas que tenía puestas y que me recordaban unas de la edad de piedra que había visto en un programa de televisión acerca de un hombre que se había conservado perfectamente en el hielo, en los Alpes suizos, por más de diez mil años.

La muchacha de las botas no se sintió ofendida con mi acción, sólo su novio, su amigo y el anfitrión de la fiesta, quienes no entendiendo mi acción completamente y pensando que representaba un movimiento erótico y sucio, instantánea y agresivamente me echaron de la fiesta sin ceremonia alguna.

Entonces pude creer cuando Jim Cloop dijo que su amigo Rory Docherty había malinterpretado completamente su conducta esa noche antes de caer al mar. Pero por supuesto, esto no afectaría la certeza o la duda de si fue empujado o no.

El meollo del asunto desde el punto de vista de Jim Cloop es que haya sido o no un accidente el haber caído al agua esa tarde. Aceptemos su versión del evento, es decir, que fue empujado. En lo que a mi historia respecta esto realmente no importa: cayó allí en el helado océano y fue rápidamente rescatado por otros miembros de la tripulación. El único problema que queda ahora, es que en la versión que Jim Cloop tiene la determinación de dar a conocer al mundo, él fue llevado a la oficina de servicio del ferry para calentarse, secarse y cambiarse de ropa. Mientras que en la versión que yo daría, porque honestamente fue lo que vi, él *no* tenía ropa puesta después de que fue sacado del agua, pero no me interesa realmente quién lo sacó.

Pero estas diferencias también importan poco. Sólo las incluyo por exactitud. Después de su extracción del frío mar, de acuerdo a mi memoria y observaciones tan honestas como puedo recordarlas, Jim Cloop tomó un búmerang que estaba en el piso y lo lanzó al cielo, pegándole a un pájaro negro que fue estremecido un poco pero que no cayó a tierra. El búmerang cayó en un sitio de perros calientes cuyo dueño era un tal Stizziperiatti, quien se quejó muy poco ya que no afectó seriamente su negocio.

“El mundo es un putito y completo dolor”, gritó Jim Cloop. Es precisamente debido a que yo me inclinaba a estar de acuerdo con él en ese momento que seguí su historia de allí en adelante. La debo narrar ahora aunque Jim no esté de acuerdo con muchos detalles acerca de lo que pasó.

Por el bien de la justicia, debo informar al lector que la narración de Jim Cloop aparecerá muy pronto en una serie del Suplemento Literario *Times*, de modo que el lector puede comparar su narración con la mía, y decidir por sí solo cuál de las dos versiones es la verdadera.

Unos pocos días después de estos sucesos, Jim Cloop fue al dentista. Recibió varias inyecciones de anestesia y después de su tratamiento tomó un taxi hacia su casa. Una vez allí, cayó en su sofá y se puso a dormir. Soñó que en la mayor parte de su cuerpo habían crecido verrugas en forma de gusanos, en grupos como arbustos de horribles corales blandos cayendo en espantosas formaciones, especialmente desde sus muslos y

su trasero. Estas malformaciones le hacían sentir tal rasquiña al correr por su cuerpo que sintió que se había vuelto loco. No podía despertarse por más que intentara, hasta que con el tiempo olvidó que lo que estaba experimentando era sólo una pesadilla.

No pudo despertarse nunca más. Cualquier solución o clarificación de su situación podía hacerse sólo dentro de su sueño, nunca por fuera de él. Tendría que hacer las paces, besar el crucifijo y aceptar que moriría estando aún en esta condición; no había otra alternativa. Miró una foto de sí mismo tomada sólo algunos años antes e imaginó un barco de guerra estrellándose contra un iceberg en la costa de Groenlandia. Imaginó que era el explorador James Bruce, mintiendo acerca de sus viajes en Abisinia y tan inseguro de sus experiencias.

Recordó haber llegado en carro a la entrada de la casa de Robert Graves en Deya, Mayorca, lanzando hacia arriba la grava. El taxista sabía donde era la casa de Graves, aunque el poeta había muerto hacía algunos años. Jim salió del taxi, saludó a la viuda de Robert Graves, Beryl, y habló por un rato con ella acerca de poesía. Beryl le contó lo chiflado que había estado Graves los últimos días de su vida, constantemente imaginándose de vuelta en las trincheras en la primera guerra mundial. Le mostró el estudio de Graves en donde durante muchos años había escrito su poesía y su prosa. Bebió una cerveza con ella y luego se marchó.

Luego se encontró en Estalingrado, como un ruso en un escuadrón especial de francotiradores. Subió a una alta torre de ladrillos sueltos entre las ruinas, con varias botellas de vodka y algunas lonjas de pan. Para él era perfecto permanecer callado, bebiendo y ocasionalmente comiendo, allí arriba en el frío silencio, esperando a que algunos alemanes aparecieran, luego dispararle a uno y esperar por un día o dos para hacerlo nuevamente. Nunca habría soportado ser un soldado común y corriente, recibiendo órdenes en una tropa normal.

En la parte más alta de otro pilar estaba Simeon Stylites, de forma muy santa en un solo pié, mientras muy cerca de allí Jack subía por su planta de fríjol para encontrar al Gigante, quien cayó estrepitosamente a tierra, donde Jack le cortó la cabeza.

Jim se sentía muy triste, como si estuviera enamorado de alguien que está muy lejos, y escuchara el Último Quinteto de cuerdas de Schubert una y otra vez.

Espero haber contado esta historia de Jim Cloop adecuadamente, y que no haya falsificado o exagerado la verdad. Me doy cuenta ahora que no puede corregir mis errores ya que nunca puede despertarse de su sueño, pero confío en que al menos haya contado parte de la verdad honestamente.

## LA LLEGADA DE JOSEPH BLEIMER

Joseph Bleimer dudaba completamente acerca de la idea de venir a Sur América a estudiar orfebrería pre-hispánica, pero él era la persona ideal para hacer esto pues era arqueólogo, experto en metalurgia, y tenía un doctorado en filosofía, para el cual había producido una tesis notable pero extremadamente abstracta acerca del lugar de las artes visuales en las sociedades antiguas y tradicionales.

Joseph era ciudadano Británico, nacido en Plymouth y educado en las universidades de Exeter y Oxford pero sus abuelos habían sido judíos inmigrantes de la Alemania nazi, que llegaron a Inglaterra en 1937. Su madre y su padre, quienes se habían conocido de niños en Berlín antes de que sus padres escaparan a Inglaterra, se casaron en 1953 y Joseph nació en Plymouth en 1958. Fue el segundo hijo de los Bleimers, y creció más que todo como un niño inglés, aunque conciente de sus orígenes judío-germanos.

Joseph, desde su infancia, había sido siempre un joven estable, muy exitoso en la escuela y la universidad, y siempre capaz de hacer amigos, aparentemente en cualquier contexto. Tal vez la única faceta que a los otros les parecía un poco inusual, y que hasta cierto punto preocupaba a sus padres, era el grado de nerviosismo que afectaba su conducta cuando tenía que tomar decisiones difíciles. Si, por ejemplo, tenía la dificultad decidir entre salir a encontrarse con sus amigos en algún lado o quedarse en casa y terminar un capítulo del libro que estaba leyendo, podía ponerse extremadamente ansioso, de tal manera que se manifestaba de forma extraña. Una vez, por ejemplo, cuando tenía dieciocho años, Joseph se había encontrado exactamente en este dilema. Era sábado por la noche y se había acomodado en un confortable sillón para leer Spinoza, cuando un amigo de la escuela lo telefoneó para invitarlo a una fiesta, en la cual su amigo prometió que conocería una hermosa chica llamada Sofía. La dificultad que encontró para decidir qué hacer, causó que su ojo tuviera un espasmo, y aunque al final no salió, no pudo leer otra palabra de Spinoza esa noche.

Su madre había estado preocupada por él en esa ocasión y le pidió que fuera a la fiesta, ya que no ir no parecía calmarlo. Pero no salió, y en su lugar se paseó por todo el cuarto hasta que finalmente se fue a la cama y durmió mal.

Pero Joseph era muy inteligente en el sentido intelectual y obtuvo su buen título en arqueología en la Universidad de Exeter, y algunos años después fue a Oxford a hacer un doctorado. En esos años, una gran inclinación práctica en su personalidad lo había llevado a aprender y practicar mucho el trabajo con metales, cuyo conocimiento pudo aplicar a lo que era de otra forma una educación más bien teórica. Esto hizo que su madre y su padre se sintieran particularmente orgullosos de él; el hecho de que hubiera obtenido su doctorado en filosofía y a la vez pudiera hacer hermosos trabajos de orfebrería, les parecía que representaba una maravillosa convergencia de habilidades artísticas y prácticas, del espíritu masculino y femenino, en una síntesis de carácter sensible y noble.

Y así, después de pasar varios años como miembro anexo de Corpus Christi College, Cambridge, dando tutorías en filosofía de la historia y arqueología, las lenguas de la gente influyente se movieron, de tal manera que la Universidad Católica de Bogotá, Colombia, lo invitó a que participara en un grupo internacional de investigadores que trabajaba en arte pre-hispánico de Colombia.

Joseph Bleimer, como ya se dijo, dudó por varias semanas, pero el ánimo que recibió de sus colegas y superiores en Cambridge, sin mencionar a sus padres, hizo que dijera que sí. Y así, una tarde de marzo de 2003, se bajó del avión y se encontró muy cordialmente con un grupo de arqueólogos, filósofos, etnógrafos y lingüistas de la Universidad Católica de Bogotá.

Fue inmediatamente llevado a su cómodo alojamiento en la universidad; antes de siquiera desempacar, encendió la televisión que ofrecía gran variedad de canales. Rápidamente se encontró con BBC World, donde se anunciaban las últimas noticias acerca de los planes de guerra contra Irak. Lo que allí se anunciaba lo afectó profundamente. Por supuesto que sabía que se hablaba de guerra, y que se había jugado diplomáticamente al gato y al ratón por meses. Pero de repente escuchaba que la guerra estaba empezando realmente ahora. Esto le pareció incomprensiblemente horrible: ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Por qué era esto necesario?

Joseph no era un ser “político”. Miraba las cosas más en términos filosóficos y éticos. Pero ahora, en la pantalla del televisor, se anunciaba que los dos estados militares más poderosos del mundo empezaban a atacar a Irak, una nación árabe tercermundista que era lo suficientemente desafortunada para laborar bajo un dictador acabado y odioso.

Joseph sintió debilitarse: tal vez estaba muy cansado de su viaje, tal vez estaba sufriendo los efectos del vuelo, o quizás esas noticias parecían particularmente tan increíbles, escuchándolas así, aquí en Bogotá, tan poco tiempo después de su llegada, sin siquiera tener tiempo de conocer nada del lugar. Pero fue profundo y horrible lo que pasó dentro de él. Y así, después de despedirse de los anfitriones que lo habían llevado a su cuarto, llamó a su madre en Plymouth, una vez encontró el código para llamar de Colombia a Inglaterra.

Su madre estaba tan afectada y horrorizada por las noticias como Joseph, pero tenía poco qué decir en explicación, defensa o crítica hacia ellas. Este era un aspecto de su naturaleza buena, serena y plácida. No era una iconoclasta de opinión, ni siquiera se inclinaba por apoyar algún partido político particular con alguna consistencia o fuerza de convicción. Era un alma gentil, pero de hecho fuerte, a su manera, y con la determinación de vivir una vida feliz y buena con su esposo e hijos, los cuales amaba apasionadamente.

Así que después de hablar con su madre, Joseph no se calmó en absoluto y se sintió más agitado e infeliz. Pero, ¿qué podía hacer? Para su sorpresa, en los siguientes días encontró que la mayoría de la gente a su alrededor en Bogotá sabía poco del asunto de la guerra en Irak o no les importaba. Algunas personas de la universidad tenían conocimiento de ello y se preocupaban, pero generalmente su orientación fatalista y de

desesperanza psicológica, y sus sentimientos de impotencia hacia ello eran aún mayores que los suyos.

## UN PARAGUAS EN GUATAVITA

Había una vez un jefe Muisca, conocido luego como cacique, que encontró a su hermosa mujer en la cama con uno de sus guerreros. En su furia mató al guerrero y entonces en un banquete ordenó que los genitales del amante fueran servidos a su esposa en una bandeja de plata. Su hermosa mujer, la cacica, en su terror, dolor y tristeza, sobresaltada agarró a su hijo, corrió muy rápidamente a la laguna de Guatavita, y se sumergió con él en lo profundo de esta laguna, la cual, por ella, se volvió sagrada por siempre.

Pero su esposo, el enfadado cacique, sintiendo espantoso pesar al saber lo que había sucedido, consultó con sus hombres religiosos y les preguntó lo que debía hacer para recuperar a su amada esposa del fondo de la laguna de Guatavita. Le dijeron que debía navegar hasta el centro del lago en una balsa cubierta de oro, y arrojar al agua piezas de oro como ofrendas, increíbles esculturas talladas y estatuas de oro para que fuera devuelta.

Pero esto no devolvió a la cacica ni a su hijo; en su pena y arrepentimiento, los hombres religiosos le aconsejaron repetir el ritual de lanzar ofrendas de oro en la laguna cada año, en la fecha de la desaparición de su esposa. Y así él y sus sucesores repitieron este acto por muchos siglos en profunda penitencia e infinita búsqueda del perdón de la hermosa cacica.

Muchos siglos después, hubo un inglés llamado Robert Glib, nacido en un suburbio de Londres, de padres de clase media baja, quien fue a un politécnico a estudiar antropología y arqueología. Después de graduarse fue aceptado en el departamento de sociología de la Universidad de Londres para hacer un doctorado; su tópico de investigación tenía que ver con las estrategias de supervivencia de los estratos más pobres de la gente que vivía en las afueras de Bogotá, la capital de Colombia. Tenía la determinación de vivir allí con la gente más pobre y entender a aquellos que estaban en el fondo; las más marginadas, miserables y olvidadas secciones de la sociedad.

Así que fue a investigar a un lugar donde la gente vivía escarbando un vertedero de basura, una montaña de desechos malolientes y podridos de la cual podían sacar botellas, latas y cualquier cosa que pudieran vender por reciclaje; también a veces podían encontrar un sillón, una estufa o una lámpara rota, que podían restaurar para venderla por ahí, ya renovada.

La primera e inmediata conclusión a la que Robert llegó, era que si al menos estas personas –niños, mujeres y hombres– tuvieran algún tipo de vestimenta protectora, o máscaras sencillas en sus narices y bocas, al menos estarían menos expuestos a los malsanos gérmenes e infecciones que emanaban de la basura dentro de la que trabajaban

día tras día. Encontró que muchos de ellos, especialmente los niños jóvenes, sufrían de terribles brotes, granos e infecciones en la piel que serían menos frecuentes si al menos usaran una protección mínima. Sugirió en un informe preliminar de los resultados de su investigación, que sólo una modesta donación de una agencia internacional dedicada a combatir la pobreza podría proporcionar esa vestimenta y las máscaras, y haría una enorme diferencia en las vidas de estas personas, a quienes había llegado a amar y a respetar cada día que pasaba con ellos. Le parecía que era gente muy alegre y extraordinariamente amigable; en particular se volvió muy amigo de una familia, el padre de la cual se llamaba Guillermo, y la madre María. Dos de sus hijos se llamaban Bibó y Hernán. Encontró que Hernán en particular era una excelente compañía, porque cuando Robert iba a visitar a la familia de vez en cuando a su atestado pero amigable refugio de madera, era seguro que Hernán lo retara a un juego de Ajedrez, o hablaran con él de poesía, ya que de vez en cuando había leído poemas impresos en los periódicos, o escrito poemas de su propia autoría en pedazos de papel, siempre extremadamente románticos, acerca de la luna y las estrellas, y acerca del amor ideal en todas sus formas. No leía ni escribía bien, pero había pasado dos años en la escuela cuando su familia había vivido en un pequeño pueblo cerca de Bogotá, antes de que el padre, Guillermo, hubiera perdido su trabajo como reparador de muebles en un hotel de su pueblo. Pero Guillermo y María se entusiasmaban fuertemente por la educación, a pesar de que ellos no habían tenido ninguna, al menos en el sentido formal de la palabra, María en particular era una profunda amante de los mitos y leyendas locales, siendo una de sus favoritas la de la cacica de Guatavita. Esta historia se la contó a sus hijos muchas veces, siempre de forma un poquito distinta, pero siempre con gran pasión y actuación sensible, y siendo ya mayor, Hernán la amaba, casi la respiraba, de tal manera que de adolescente, cuando conoció a Robert Glib, pudo transmitir su esencia con maravillosa intensidad. Robert había escuchado la leyenda con anterioridad, pero sólo cuando Hernán se la narró con su fervor juvenil fue que sintió la fuerza total de esta poesía trágica.

Robert no estaba sorprendido por la grandeza de la supervivencia de esta familia, su intensa honestidad y su fuerza espiritual para enfrentar la pobreza extrema y la impotencia material, ya que era un hombre imaginativo, profundamente inmerso en filosofías políticas de justicia y emancipación; y en cualquier caso, su propia vida no había sido tan fácil, aunque seguramente no se podía comparar en dificultad con la familia de Guillermo y María. Pero estaba impresionado, y le infundían un respeto tal que afectaba su ser y sus sentimientos y sabía que nunca los olvidaría.

Un día, Bibó y Hernán lo invitaron a otra casa en el barrio, donde al parecer dos bebés estaban muriendo de una enfermedad desconocida. Sus cuerpecitos estaban cubiertos de granos y lloraban todo el tiempo. Los hermanos habían llevado a Robert allí para conocer al tío de estos bebés. Se llamaba Pedro, y era un músico fantástico. Tocaba el cuatro y cantaba canciones llaneras con tal intensidad que el escucha podía volverse loco. Llevaba un gran sombrero negro y viejo, él era sucio y peludo, pero cuando su voz se alzaba en pasión, y sus ojos brillaban en intensa inspiración, se podía pensar que era un tipo de dios musical, un chamán de alma original, un artista de la más profunda vocación emocional.

Robert Glib había pasado diez meses en este barrio en el sur de Bogotá. Un día recibió un e-mail en un café Internet, de una chica colombiana que había conocido en las semanas anteriores cuando había estado en la Universidad Nacional de Colombia en el centro de la ciudad, antes de empezar su “trabajo de campo”. Su nombre era Norma, y en su e-mail le pedía que la llamara o que la visitara en el Departamento de Turismo de la universidad.

Robert se moría por un descanso de su existencia en el barrio donde llevaba a cabo su investigación, y le parecía que Norma era muy atractiva. Entonces la llamó. Ella sugirió ir al pueblo de Nueva Guatavita, cerca de la laguna sagrada de Guatavita, el fin de semana siguiente, que era un festivo nacional.

A Robert le encantó la idea y entonces se encontró con Norma y salieron el siguiente viernes hacia Nueva Guatavita, donde se quedarían el fin de semana en un hotel.

Ya en el bus hacia allá, Robert empezó a enamorarse de esta chica, por quien había sentido mucha calidez anteriormente, pero no se había enamorado. Una vez en Nueva Guatavita, los dos se relajaron en su hotel en un estado de amor bienaventurado y acaramelado. El domingo de ese fin de semana, hubo un torrencial aguacero con tormenta eléctrica, truenos y un granizo de considerable tamaño. Como planeaban salir del hotel a caminar, la amable señora del hotel les ofreció prestarles un paraguas, y así salieron a la calle.

Después de caminar por el pueblo, se sentaron en un café desde el cual podían ver un estupendo atardecer, con una oscura e impuesta pesadez de nubes en el negruzco cielo azul, con rayas de colores suaves, tenebrosos e intensos rosados y naranjas tales que cualquiera podía entender la razón por la que la gente pre-científica, viviendo virtualmente desprotegida de los elementos, creyera en dioses y espíritus salvajes, caprichosos, enojados, bizarros y feroces.

Después de beber unas cuantas botellas de cerveza, salieron del café y caminaron nuevamente hacia el hotel. Norma tocó el timbre y empezó a besar a Robert en la típicamente deliciosa manera latina mientras esperaban que la señora abriera. Cuando la señora llegó a la puerta preguntó inmediatamente cómo les había ido en la lluvia. Robert empezó a responder que no les había ido mal, ya que el constante cambio de colores había vuelto todo una experiencia milagrosa. Pero antes de que pudiera terminar de hablar, Norma recordó inmediatamente que había dejado el paraguas en el café, y gritó: “¡Ay, Dios mío, lo siento, olvidé su paraguas señora!”.



## EL CASO DE UNOS CALZONCILLOS EN EL LUGAR EQUIVOCADO

Jook no podía entender en absoluto lo que había pasado con su lapicero cuando llegó a Líbano; sabía que lo tenía en su mochila, pero tan pronto como trató de sacarlo para plasmar una “inspiración”, ya no estaba. Había querido escribir un cuento llamado *El Pollo Borracho, O, Lo que sea que le haya pasado Calzoncillos*, pero dudaba del título y se preguntaba si la historia sería mejor llamarla *Cómo Todo Se salió de Control en Líbano*. Sin embargo al final, optó por el título *El Caso de unos Calzoncillos en el Lugar Equivocado*, como el lector podrá verlo por sí mismo.

El nombre de Jook necesita una explicación. De adolescente había tenido un profundo encanto, si no una obsesión, por las Rockolas de los 50's, que en inglés se llaman “juke-boxes”. Cuando llegó a la edad de veintiún años, decidió cambiar legalmente su nombre a Juke, pero cambió de opinión y sintió que su relación con las “Jukeboxes” estaba muy simplísticamente expresada por ese nombre, mientras que Jook mantenía aún la reverberación de las Rockolas, pero era más suelto, más casual, aún más loco, pensó, así que escogió a Jook como nombre cuando llegó a cambiarlo oficialmente. Había pensado que se llamaría a sí mismo Jook Charia, pero terminó desechando Charia; ¿por qué tenía que tener un nombre y un apellido? Entonces se conoció a sí mismo y llegó a ser conocido por otros como Jook, y se sentía muy feliz con este nombre no importando las vicisitudes que le ocurrieron en su vida después.

Jook casi siempre estaba envuelto por una sensación de despropósito en la vida; no era un existencialista nihilista de ningún modo, y más bien consideraba ese tipo de filosofía como exageraciones metafísicas, y como manifestaciones de auto-lastima egoísta de invertida auto-importancia.

Fue solamente, cuando estaba en un pequeño pueblo o villa de Suramérica (donde la gente simplemente vivía y sobrevivía, sin ninguna de esas ilusiones de “progreso” y “avance” que envuelven las culturas más lúgubres del norte) que fue impactado por la idea de que la vida no va a ninguna parte. Pero, por qué debería, pensó también llevarnos a algún lado? No era una cuestión de si toda la gente debía alcanzar algún sentido de auto-realización profunda; eso era claramente imposible, y en cualquier caso aún la gente como los profetas, Julio Cesar, Tony Blair, el arzobispo de Canterbury, directores generales y grandes hombres y mujeres de todo tipo, ¿qué habían realmente alcanzado, tanto para ellos como para la gente que amaban o quienes los amaban, o para sus países, o para la verdad, la justicia, la igualdad, o la libertad?.

La vida era simplemente algo para vivir como una gallina en el patio trasero de una amable casa en Líbano; poniendo huevos y cacareando muy temprano en la mañana mientras el saliente amanecer empieza a ejercer su magia entre los milagros del cielo. No había nada deprimente acerca de esta falta de dirección; por el contrario era maravillosa, y si la gente sólo la aceptara sería menos probable que las guerras ocurrieran con todas sus absurdas justificaciones ideológicas acompañantes. Jook había estado leyendo acerca de la “Guerra de los Mil Días” que sufrió Colombia entre 1899 y

1902 en violencia bárbara y diabólica en la cual muchos de los participantes escasamente sabían por qué estaban peleando. Los curas sermoneaban desde los pulpitos que matar Liberales era un gran servicio a Dios, y Jook recordaba que cuando era niño su padre desfilaba en la cocina de la casa con un cepillo de lavar gritando las ordenes de los oficiales y las respuestas de los hombres de un ejército imaginario, porque había sufrido y experimentado tales emociones e intensas sensaciones profundas en la guerra .

Antes de llegar a Líbano, Jook se había quedado muchos meses en Bogota, la capital de Colombia, estudiando historia Colombiana Prehispánica aprendiendo cómo la extrema diversidad geográfica y climática del país había evitado que muchas de las maravillosas culturas – Quimbaya, Tolima, Muisca, Tairona, San Agustín, etc., etc.- se unieran o fueran conquistadas en un estado unitario como ocurrió en Perú, especialmente bajo los Incas. Una noche, había estado bebiendo ron en un bar con su novia Claudia, quien previamente había ido de compras y había llenado su maleta de tomates y una lechuga. Cuando dejaron el bar, Jook y Claudia tomaron un taxi hasta su casa y presumiblemente en la parte trasera de ese taxi el teléfono celular y la billetera de Claudia se habían salido del bolso. Los dos llegaron a la casa bien, pero después de que los tomates y la lechuga fueron depositados en el refrigerador Claudia se dio cuenta de que no tenía su teléfono ni su billetera con todos sus documentos importantes, identificaciones, y direcciones escritas en pedazos de papel. Sin embargo, Claudia, siendo muy recursiva, sabía el número de su celular y llamó desde el teléfono fijo del apartamento; el taxista contestó, y admitió tener tanto el teléfono como la billetera. Dijo que se las devolvería por una suma acordada, así que Jook fue a encontrar al hombre en un cruce de caminos a las seis de la mañana.

Desafortunadamente Jook pensó que el hombre lo estaría esperando a pie, pero de hecho apareció en la parte trasera de su taxi con alguien más manejándolo, y no abrió la ventana lo suficientemente para que Jook tomara la billetera. Jook le ofreció el dinero acordado, pero ahora el taxista quería más; obviamente se le había abierto el apetito al ver que el hombre quería pagar una extorsión por las posesiones de Claudia. El encuentro no terminó exitosamente; el taxi arrancó, y confundido, Jook fue dejado agitando sesenta mil pesos en el aire contaminado del amanecer.

Poco después de esta experiencia, Claudia y Jook tomaron un bus a Líbano. Fue un viaje fantástico, a través del grandioso paisaje montañoso, el camino perdiéndose en los valles y abriéndose paso por grandes alturas donde la vista te quitaba el aliento y te inspiraba terror; los ríos fluían por sus caminos plateados y marrones en el fondo del valle, la niebla rodeaba y embrujaba la cima de las montañas, el verdor iba mas allá de la imaginación, mientras el bus gruñía por las montañas salvajes, por caminos retorcidos a veces pavimentados y otras veces destapados, hasta que llegó el atardecer y la noche temprana, en la que una gran luna llena daba vueltas y alumbraba en un cielo azul oscuro y con nubes, el sonido del motor calentando el corazón mientras este pequeño grupo de seres humanos gemían en la noche creciente.

¡Qué extraño cuando llegaron a Líbano! Era de noche, y Don Martín los acompañó amablemente a la casa de la mamá de Claudia. Jook fue presentado a la muy amable madre, le mostraron el baño en el patio, y luego se sentaron a beber aguardiente. Jook se había siempre preguntado por qué las personas que vivían en pueblos tranquilos a veces

bebían más que la gente que vivía en ciudades caóticas y agotadoras y aquí encontró otro ejemplo de este enigma. Dos de los hermanos de Claudia se unieron al grupo, y al cabo de unas horas todo el mundo estaba extremadamente borracho y alegre. Uno de los hermanos retó a Jook a pararse en la cabeza y al otro le dieron ganas de balacear el diccionario de inglés-español de Jook en su hombro mientras bailaba con extremada competencia.

Luego la conversación tomó asuntos teológicos; la mamá de Claudia creía fervientemente en los murciélagos satánicos que frecuentemente volaban por ahí en la noche. En cierto punto, uno de los hermanos de Claudia le dijo a Jook jovialmente que le cortarían las pelotas si trataba mal a su hermana a lo que Jook contestó en forma calmada que haría lo mismo al hermano si trataba mal a su propia esposa.

Finalmente, todo el mundo se retiró a la cama; unas horas después Claudia se despertó y la esposa de uno de sus hermanos le comentó que los calzoncillos de Jook habían sido encontrados en el piso del cuarto de la mamá.

Furiosa, Claudia despertó a Jook dándole un golpecito fuerte en la oreja, y exigió una explicación para esta extraordinaria y inapropiada eventualidad. Pero Jook, honestamente sólo podía recordar haberse desparramado en la cama cuando la fiesta había llegado a su final.

Entonces Jook se sintió altamente ofendido por lo que tomó la sugerencia de Claudia como si él se hubiera portado de forma inadecuada. Saltó de la cama, todavía borracho, se puso la ropa y tambaleando salió de la casa. Trató de encontrar un bar donde pudiera relajarse y agrupar sus confusos pensamientos pero Claudia no le permitió salir solo en Líbano a la luz del día, así que lo siguió y al final lo persuadió de ir con ella a visitar otro de sus hermanos que tenía una tienda cerca del centro de la ciudad. Allí fueron; y entre las herraduras, cuerdas, sillas de montar, y canastos, se sentaron muy cálidamente a una pequeña mesa, donde se sirvieron vasos de ron puro y aguardiente.

Todo el mundo habló de poesía, música, y de la belleza de la naturaleza de los Andes; el hermano de Claudia declaró que el amor era lo más importante en la vida, y que todo lo demás no significaba nada. Jook observó los caballos afuera de la tienda, las viejas casas de estilo colonial bajo el sol, y las montañas que gloriosamente rodeaban la ciudad. Se inclinó a estar de acuerdo con el tercer hermano de Claudia, y dio vuelta para besar a su novia.

“¿La amas?” preguntó el hermano.

“Oh, sí”, replicó Jook y una vez más se sintió maravillosamente feliz.

## SPLIM TOCHTER

Lo que simplemente Splim Tochter no podía entender cuando le preguntó a Silviana si quería volver a su cuarto, es que en vez de contestar sí o no, saltó a la mitad de la calle y empezó a bailar. Estaban en Honda, una de las poblaciones más viejas de Colombia, que había sido un puerto importante y centro de comunicación en el Nuevo Reino de Granada, llena de curvas calles empedradas y casas blancas, puentes y bodegas, con una atmósfera empapada de historia y fascinación, rodeada de montañas donde las tribus indígenas habían vivido alguna vez, hasta que fueron aplastadas, asesinadas, y oprimidas por los españoles, no sin pelear hasta el final, tan decididos que sus mujeres abortaban o mataban sus bebés para que ninguno de ellos se convirtiera en esclavo de los crueles conquistadores.

Su heroísmo, dicen algunos historiadores, hizo posible que por muchas décadas, los colonizadores españoles no se atrevieran a entrar a los terrenos montañosos salvajes aún después de que los indígenas habían sido exterminados, como si por generaciones los españoles hubieran continuado peleando con las sombras de los Pijaos y Panches, quienes no aceptaban conquista o esclavitud prefiriendo la muerte a tal humillación y la vida en la miseria.

Pero algunos instantes después Silviana saltó nuevamente del medio de la calle, y en un gesto de exaltación y respeto abrió sus brazos a las estrellas Andinas; después, tomando la mano de Splim Tochter, lo llevo a otro bar que era administrado por un tal Anaximandro a quien había conocido algunos años atrás y en donde se sentaron a beber otra botella de Ron.

Silviana era originaria de un pueblo cercano a Honda, donde había aprendido a montar a caballo desde muy temprana edad. Conocía las hierbas y frutas de la región y bailaba magníficamente. Ella y Splim Tochter bebieron ron en el bar de Anaximandro hasta el amanecer cuando el brillante sol llenó las verdes montañas de los alrededores de Honda con una gloriosa luz. Un muchachito le pidió plata a Splim Tochter, pero Splim prefirió comprarle un paquete de bizcochos que le solicitó a Anaximandro. Un adolescente se acercó a arrebatar un poco del ron que bebía Splim Tochter, mientras que otro trató de acercarse a Silviana para hacerle sugerencias eróticas.

La música vallenata empezó nuevamente a sonar duro y triunfante, hasta que Splim Tochter y Silviana decidieron volver a tropezones a su cuarto, en donde gracias a Dios el ventilador todavía daba vueltas, pues sin él el cuarto habría sido un horno. Antes de dejar el bar, Anaximandro estrechó la mano de Splim Tochter, y lo invitó a ir de pesca en el río Magdalena un poco más tarde esa mañana; una perspectiva poco realista dado el estado alcohólico de todos lo implicados.

Un perro, y luego un pollo, bloqueaban la entrada de la casa donde Silviana y Splim Tochter se estaban quedando. En el cuarto del fondo de la deteriorada casa un viejo

miraba la televisión, y Splim Tochter pudo distinguir que era una película Americana acerca de la guerra de Vietnam, con soldados hablando en frases cortas y ásperas acerca de las novias que tenían en casa, discutiendo acerca de un perro poco fino que uno de ellos tenía, con un sargento que les recordaba las verdaderas razones por las que todos estaban ahí, peleando heroicamente contra algo malo en Vietnam. Saltaron los siguientes escalones con Silviana hacia su cuarto, donde cayeron en una cama rota y se durmieron, medio observando a través de una quebrada ventana al río Gualí, en cuyas orillas revoloteaban y graznaban unos hermosos pero horribles chulos, presumiblemente en busca de algún pescado muerto o quizás una rata muerta, o un gato.

## VANESSA

Vanesa invitó a Joaquín a su apartamento un domingo por la tarde, para discutir ostensiblemente acerca de unos murales que quería que él hiciera, pero sus intenciones eran realmente muy diferentes. Joaquín era un colombiano en busca de asilo, un exiliado político residente en Glasgow que se ganaba la vida haciendo diferentes tipos de trabajos, y había sido presentado a Vanesa a través de Nadia y Orestes, quienes vivían en el apartamento de abajo. Orestes y Vanesa habían sido vecinos por muchos años, y él consideraba que eran buenos amigos. Pero Vanesa tenía ahora sesenta y dos años. Había sido abandonada por su esposo, y tenía sólo una relación bastante insatisfactoria, irregular y fluctuante con un hombre alcohólico.

Nadia también era colombiana y había venido a Glasgow con Orestes algunos meses antes. Los dos se habían conocido en Colombia y estaban muy enamorados.

En esa fría y húmeda tarde de diciembre en su apartamento, Vanesa le comentó solemnemente a Joaquín que estaba preocupada por el futuro de Nadia. Orestes era muy viejo para ella, afirmó impetuosamente, de pie en medio de su sala, y era un hombre malo, excéntrico y loco, que casi nunca gozaba de buena salud, ya que le había confesado que necesitaba tomar varios tipos de medicamentos que variaban desde píldoras para el corazón hasta anti-depresivos. Joaquín debía venir al rescate de Nadia como la niña inocente y compatriota colombiana que era, y abrirle los ojos al hecho de que estaba con un hombre totalmente inadecuado para ella. Joaquín se sintió bastante incómodo, en especial porque el ex esposo de Vanesa y su ocasional nuevo socio estaban sentados en un sofá frente a su sillón mientras Vanesa soltaba este discurso sobre Orestes. Pero él le repitió a Nadia lo que Vanesa le había dicho y el efecto de esto fue sísmico.

Salió presurosa del apartamento de Orestes y se fue a quedar con una amiga llamada Dana, una joven señora checa a quien había conocido en Glasgow. Dana le sugirió a Nadia que viajaran juntas a la República Checa al siguiente día, ya que se quedaría allí unas cuantas semanas con sus padres que vivían en un pequeño pueblo cerca de Praga.

Así que Nadia se fue con Dana, pero algo terrible pasó en Praga, sin haber siquiera llegado al pueblo de Dana. Dana le presentó a Nadia un hombre muy apuesto llamado Stepan. Debido a que Nadia se sentía un poco “en el aire”, aceptó la invitación de ir a un club nocturno con Stepan en Praga. Pero nunca llegó al club; Stepan la encerró en la camioneta con dos otras mujeres amordazadas y amarradas, y empezó a manejar fuera de Praga, sin que Nadia tuviera idea de su paradero.

Mientras tanto, Orestes había vuelto a su apartamento en Glasgow dándose cuenta de que Nadia había desaparecido. Joaquín le explicó lo que había ocurrido, y desesperado, hizo planes inmediatos para volar a Colombia e ir a Líbano, el pueblo natal de Nadia,

donde al menos él podía estar con sus ansiosos familiares y saber cualquier noticia que surgiera acerca del paradero de Nadia.

Orestes sentía que Vanesa había juzgado y entendido mal a Nadia y a él mismo y la relación entre ellos. Nadia no era una niña a los treinta años aunque sí era considerablemente menor que él. Y había muchas formas diferentes de ver la locura y la demencia en los seres humanos, y de todas maneras, ¿qué constituye “normalidad” en un mundo loco y demente? Su interferencia y su intento deliberado de destruir la relación entre él y Nadia fue malvado, malévolos y maliciosos.

Poco después de que Orestes llegó a Líbano recibió una trastornante carta de Dana en Praga, explicando que Nadia había desaparecido, llena de culpa y remordimiento y suplicando que se encontraran en Líbano, donde juntos podían buscar a Nadia. Orestes le respondió, aceptando su sugerencia. Cuando Dana llegó a Líbano trajo más noticias: antes de dejar Praga había escuchado que Nadia estaba probablemente en camino a algún sitio en Tajikistán, amordazada y amarrada en la camioneta de Stepan, en donde controlaba el tráfico de mujeres de varias partes del mundo.

Orestes resolvió en ese momento buscar a Nadia en Tajikistán, aunque no tenía idea de dónde empezar en ese enorme país del cual muy poco sabía. Entonces Dana y él se lanzaron hacia este nuevo viaje, sin saber que en ese momento Nadia había sido enviada a una villa cerca de Roma donde una pandilla de ladrones mafiosos se escondían, inmersos en y rodeados de un grupo de mujeres cautivas disponibles para su placer.

Orestes supo en el transcurso del viaje, en una triste carta de Vanesa, que Nadia había muerto en Roma por causa desconocida. Él y Dana habían llegado a los Azores, camino a Tajikistán, cuando recibieron esta carta de Vanesa, lo que Orestes tomó como un acto hipócrita de remordimiento. Estaba totalmente devastado y Dana tuvo el temor de que podría suicidarse.

Pero las noticias de la muerte de Nadia resultaron ser falsas. Nadia no había muerto, sino que había escapado de la villa de los millonarios gangsters y pudo llegar a Roma. Aparentemente pensaba que Orestes la estaba buscando allí y esperaba que la encontrara. Llegó a creer que las advertencias de Vanesa eran malintencionadas y falsas, motivadas sólo por los celos y el resentimiento.

Orestes tenía la esperanza de al menos poder encontrar el lugar de la muerte de Nadia en Roma, y tal vez su tumba. Dana volvió a Glasgow con el corazón roto y teniendo que aceptar que Orestes no amaba a Nadia como ella esperaba. Orestes fue a Roma solo, y milagrosamente encontró a Nadia allí, en la parte antigua de la ciudad. De pie frente a una joyería, en una delgada calle empedrada, se abrazaron y se besaron sin decir palabra por largo rato.

## JILRON Y LOS CUATRO POLLOS

Por buenas razones, Jilron no se podía levantar ese día. Había visto un cuadro Victoriano el día anterior, parte diagrama y parte fotografía, y esto lo había llevado a la más extraña experiencia. Cuando se enfocó en una de las ventanas del segundo piso del edificio de este cuadro, las persianas parecían abiertas y observó la vida interior de una familia desordenada. El padre, un hombre joven llamado Samper, se había enrolado en una brigada mercenaria que debía zarpar al día siguiente hacia Labrador; la esposa llamada Ginebvre, era una joven nacida en Francia quien trataba de persuadir a su esposo de no ir dándole puñetazos en el pecho. Uno de sus niños, Charles, jugaba peligrosamente dentro de un barril de sidra vacío; Slippy, su hija, era una muchacha muy alta de trece años que trataba de meter algunas espinas de pescado en un sucio lavaplatos, rechazando obedecer a su madre quien le decía que botara los huesos en la pila de basura fuera de la casa.

No era claro para Jilron por qué había sido invitado, por decirlo así, al hogar de esta pobre familia y sus problemas. Pero no había evitado la experiencia; la había observado totalmente hasta que algo abominable en su propia vida había roto su concentración y lo había sacado irrevocablemente de su involucramiento voyerista.

Su madre, quien normalmente no vivía en la misma casa, llegó al cuarto en donde él miraba esta foto-pintura y se la arrancó de sus manos; gritando furiosa, la lanzó al fuego, así que Jilron nunca pudo seguir con la extraña aventura que había empezado. Por el contrario, tuvo que enfrentar la ira de su madre, hacerle chocolate y llevarla a la cama de su cuarto preferido, que era uno solo de muchos en su casa, y que le obligaba a mantener para ella, aunque casi nunca venía a quedarse.

Entonces, el día de estos peculiares eventos, Jilron decidió quedarse en su cama, y pensar acerca de estas cosas de modo filosófico. Llegó a la conclusión, cerca de las dos de la tarde, que no hacía diferencia lo que uno hiciera en la vida, en términos de cómo la gente pensaba acerca de ti; si te querían o no. Si tu tratabas de ser amable, la gente te odiaba; si eras horrible y de mal temperamento, probablemente pensarían que eras una buena persona. Si tratabas de hacer “cosas buenas”, sin duda desconfiarían de ti y te despreciarían, mientras que si eras sucio podían pensar bien de ti.

Sin embargo, Jilron no encontró ninguna satisfacción en estos pensamientos. Era como si hubiese preferido llegar a diferentes conclusiones pero no podía, y constantemente se balanceaba de una piedra filosofal a otra sin encontrar descanso para su mente, que daba vueltas y vueltas exhausta.

Después, cuando finalmente se quedó dormido, Jilron empezó a sentir que había cuatro polos de la existencia: Norte, Sur, Oriente y Occidente; intuición, intelecto, sensación, emoción; fuego, agua, tierra y aire. Y así, aunque obviamente nadie podía registrar esta experiencia subjetiva, Jilron se soñó en tranquilidad. Pero un aspecto supremamente extraordinario de su paz parcial en la que Jilron se encontró participando era que los



cuatro polos de su mente llegaron a tomar forma de cuatro pollos; y estas cuatro aves piaban muy alto haciendo un ruido que pudo haber levantado a los muertos del pueblo donde su mamá normalmente vivía.

Y así fue que al fin Jilron se desvaneció con gran alivio de todo lo aquí narrado, hacia un sueño muy diferente y relajante de nenúfares, pavos reales y lagartijas gigantes.

## STAP EL SOÑADOR

Curiosamente, Stap Izrog no había querido salir para nada ese día. Los amigos en donde se estaba quedando vivían en lo que era para él una casa más bien lúgubre, periférica, con todo el típico confort de los condominios, pero que encontraba aburridora, y afuera en la calle y en el centro comercial cercano era peor, hasta donde sabía. Siempre había preferido vivir directamente en el centro de una ciudad, o lejos en el campo, preferiblemente en la selva tropical remota, o si fuese posible, en la Antártica.

Y así, se consoló con una taza de Nescafé, y se sentó en un sofá desde donde veía CNN en el maravilloso televisor de sus amigos.

Después de un rato cayó en un profundo sueño en el que oyó a alguien gritándole desesperadamente:

“Stap, ¿me escuchas? Estoy en una profunda cueva ahora, pero te quiero decir algo en caso de que muera por asfixia en los próximos minutos. Yo, como tu padre, era muy joven para entrar al ejército en los tiempos de la guerra, pero vivía en Streatham cuando las bombas cayeron y conocía muy bien a la familia de tu padre, y a veces saludaba a sus hermanas, tus tías, cuando caminaban apuradas hacia la escuela en la mañana, sacudiendo sus bolsos de arriba abajo sobre sus espaldas, parlotando la una con la otra acerca de algo que nunca pude descifrar.

“Esta es mi última oportunidad para decirlo, pero por favor escúchame. Debes creer que la gente que vivió en esa área de Londres era gente muy buena, y tenía muchas características heroicas silenciadas, que nacieron cuando la guerra llegó y empezaron los bombardeos. ¡Nunca olvides eso!”

Stap estaba plenamente confundido por estas expresiones. De todas maneras, él nunca había tenido una opinión negativa de la gente que vivía en Streatham, pero por los lados del “heroísmo”, tendía a pensar que la gente de todos lados, y en cualquier periodo de la historia, se volvía valiente cuando estaba bajo amenaza, cuando se le retaba o atacaba, y no podía ver porqué a los patagónicos, lituanos o taiwaneses se les debía asumir como más o menos heroicos que cualquier otra persona cuando se llega a un punto de no retorno. Todo se basaba en el sistema nervioso, su sinapsis y químicos que corren por la sangre, pensó, no en la nacionalidad o ideología.

En este momento de su sueño, sin embargo, Stap Izrog fue punzado nuevamente hacia un estado de vigilia conciente por el timbre de la puerta de la lúgubre y periférica casa donde pereceaba. Fue tan rápidamente como pudo hacia la puerta, en donde encontró al muchacho repartidor de periódicos con una copia del *Diario El Borrón*, que Stap recibió agradecidamente. Antes de volver siquiera al sofá, su atención fue atrapada por una historia en la primera página, que hablaba de una comunidad de campesinos de un pueblo en la cordillera central de Colombia, donde había una epidemia de una

enfermedad no identificada, que afectaba sólo a mujeres ancianas y a muchachos jóvenes. Las mujeres afectadas sufrían de intenso dolor de nuca, mientras que los jóvenes eran atacados por una curiosa especie de parálisis en los huesos de la rodilla, que les impedía caminar o correr en forma normal.

En la quinta página del *Diario El Borrón* había una historia acerca de una adolescente en Lima, Perú, que había escrito una historia para una revista de Lima, pero que no le habían pagado aun seis meses después de su publicación. Sus padres habían reaccionado furiosamente a esa falta de honestidad, pero un vecino había dicho que la chica tuvo mucha suerte de haber podido publicarse historia, y que no tenía razón para quejarse.

Stap Izrog colocó el periódico en una mesita y escogió un CD de la colección de sus amigos. Seleccionó una pieza de Borodin, y se sentó a escucharla. Mientras escuchaba, comenzó a soñar despierto y empezó a pensar acerca del cuento que su madre le había relatado muchos años atrás, acerca de un novio que la estaba llevando a su casa en su carro después de cine, y que cometió un error en un semáforo poniendo su pié en el acelerador en vez del freno y casi se estrella contra un muro de concreto. Pero Stap no se despertó de este sueño; por el contrario, se encontró totalmente transformado en una rana jordana, moviéndose pesadamente en un charco del desierto, y después de un rato pareció no poseer ningún tipo de conciencia coherente.

## RATAS, MALEZA Y CUCARACHAS

María la Cucaracha nació de un huevo de cucaracha en el 203.000 D.C. Murió hace cerca de diez años, habiendo puesto muchos miles de huevos en su vida. Se merece que su vida sea contada ahora.

Los seres humanos habían desaparecido hace tiempo de la tierra, siendo una de las primeras oleadas de especies que se extinguieron durante el Holocausto Ecológico que tuvo lugar entre el 10.000 y el 80.000 D.C. El Holocausto Ecológico, como una previa extinción masiva en la historia del planeta, hizo desaparecer algo así como el 90% de las especies existentes y la biomasa. La diferencia impactante entre esta extinción masiva más reciente y la anterior, es la gran rapidez de la exterminación de la vida, cerca de sólo 70.000 años, en comparación con los millones de años que tomó la primera. Aparte del Hombre, todos los otros primates y todos los grandes mamíferos se extinguieron. Sólo pequeños mamíferos, principalmente roedores, sobrevivieron el Holocausto Ecológico. Yo, por supuesto soy una rata y mi nombre es Flauta Retórica, si el lector no se ha dado cuenta de ello. Nosotras las ratas fuimos uno de los grupos que más nos beneficiamos del Holocausto. Como otros sobrevivientes, las ratas se expandieron en los nuevos espacios disponibles, y se adaptaron a innumerables nuevos niches. La evolución biológica se volvió infinitamente más rápida de lo que había sido antes, ya que las condiciones eran totalmente diferentes y además cambiaban continua y velozmente. Varias especies de los grupos sobrevivientes proliferaban y se multiplicaban. En el caso de nosotras las ratas, ciertas especies como la mía se volvieron muy grandes. Mi propia especie de ratas desarrolló un tamaño normal tan grande como los extintos rinocerontes, y un cerebro carias veces más grande que el del extinto *Homo Sapiens*.

En el presente hay cinco teorías acerca de lo que llevó al Holocausto Ecológico, pero naturalmente muchos científicos-rata creen que pudo haber sido una combinación de causas. Las cinco teorías básicas son: 1) un gran meteorito chocó contra la tierra 2) la tierra pasó por una época de actividad volcánica masiva y extendida; 3) hubo cambios en la inclinación de la tierra; 4) hubo una o más guerras nucleares; y 5) hubo una escalada espiral de destrucción ecológica planetaria inducida antropogénicamente.

Gradualmente, cerca de 160.000 D.C., mi especie desarrolló conciencia e inteligencia, y desde entonces, hemos cambiado nuevamente en gran medida y en varias formas el medio ambiente. La mayoría de grupos de plantas y especies que sobrevivieron el Holocausto Ecológico eran los que los humanos denominaban malezas, y estas habían evolucionado prodigiosamente para cuando nos volvimos inteligentes. Después de eso cultivamos, criamos y amoldamos las especies más útiles de nuestro medio ambiente de la misma forma que los seres humanos lo habían hecho creando trigo, avena, maíz, vegetales y árboles frutales, de sus precursores silvestres. Una gran parte de la tierra ha sido tomada ahora por campos y arboledas en donde nutritivas plantas y árboles son cultivados.

Y así como los seres humanos domesticaron, criaron y moldearon para su propio beneficio pájaros salvajes y mamíferos para producir vacas, ovejas, cerdos, pollos y demás, los cuales obviamente desaparecieron con los seres humanos, sus dueños y creadores, nosotros tomamos nuestras especies primas de ratas y ratones, y las volvimos excelentes máquinas de producir comida, algunas de ellas tan grandes como la extinta vaca.

Después de llegar a un status único en el planeta como seres inteligentes, mi especie de rata empezó a comprender que podíamos estudiar y aprender lo que los seres humanos habían dejado atrás. Nos dimos cuenta de que podíamos leer los libros humanos, en vez de solamente mordisquearlos o roerlos. Fue entonces cuando descubrimos el calendario y los sistemas cronológicos usados por los humanos, y adoptamos el sistema occidental de medición del tiempo, refiriéndonos de allí en adelante a fechas en términos de número de años D.C. Pero a pesar de que muchos de nuestros profesores estudian las religiones humanas con gran interés intelectual, nosotras las ratas no tenemos un uso práctico para ninguna de las religiones humanas, No tenemos el mismo temor a la muerte o sus consecuencias que los seres humanos evidentemente si tenían. Tal vez este es un legado de nuestra evolución pre-conciente que involucraba estrategias mucho más a corto plazo de las que mostraban los antecesores inmediatos de los homínidos y humanos. Tampoco nos importa en la misma forma en la que le importaba a los humanos, cómo se originó el mundo; nuevamente tales especulaciones son de gran interés científico y filosófico, pero si todos permanecen como enigmas misteriosos, entonces que así sea. No sentimos la necesidad de inventar explicaciones fantásticas para apaciguar temores y anhelos irracionales.

Por supuesto habíamos desarrollado un número de lenguajes propios antes de que llegáramos a la etapa de estudiar los libros humanos. Pero cuando estudiamos los libros, encontramos que los lenguajes humanos representados allí eran absolutamente fascinantes, así que adoptamos algunos de ellos para nuestro propio uso, incluyendo Francés, Inglés, Español, Chino, Árabe e Hindú.

Pero debemos volver a María y las cucarachas. Después del Holocausto Ecológico, las cucarachas pasaron por un época de expansión masiva en número de especies e individuos. Ahora, como ya se dijo anteriormente, el Holocausto eliminó cerca del 90% de toda la flora y fauna entre animales invertebrados tanto como en todos los otros grupos de organismos vivos. Pero como los invertebrados, en particular los insectos, sobrepasaban en número tan dramáticamente a los otros grupos del planeta antes del holocausto así lo hacían después de él. Este punto es una de las áreas claves de investigación entre nuestros biólogos-rata. Como yo no soy biólogo sino solamente un escritor –aunque espero que sea uno de los más versados en las ciencias biológicas –no trataré de profundizar en la materia aquí. Es suficiente decir que después del Holocausto el grupo más exitoso de invertebrados, y de hecho el grupo más exitoso que cualquier animal con excepción de las ratas, eran las cucarachas. Al principio lo que pasó con ellas fue algo similar a lo de las ratas. Algunas especies crecieron al tamaño de las gallinas que los seres humanos solían criar, mientras que otras crecieron al tamaño de ratas prehistóricas. Gradualmente, una especie se “tomó” a otras evolutivamente hablando, y se volvieron muy grandes y muy inteligentes. María era un miembro de esa especie. Era

del tamaño de los pavos que los seres humanos criaban, y su inteligencia, es decir la de su especie, estaba en un nivel entre *Australopitecus* y *Homo Habilis*. Entonces la especie de María tiene habilidades del lenguaje rudimentarias, habilidades prácticas considerables, demuestra capacidades impresionantes del aprendizaje, pero no se puede decir que haya alcanzado los niveles de cultura, arte y religión.

Y nosotras las ratas inteligentes no queremos que ellas lo alcancen. El planeta sólo puede con un solo ser inteligente en un tiempo dado. Antes del *Homo Sapiens* no había ninguna, somos sólo el segundo ser con esta condición que aparece en la evolución. No sería una buena idea permitir que la especie de cucarachas de María se volviera más inteligente, y no lo permitiremos; si es necesario, lo podremos prevenir a través de la ingeniería genética.

Sin embargo, admiramos a las inteligentes. Nos son muy útiles, ya que son extremadamente fáciles de domesticar y entrenar. Las usamos para que coman sobras de desperdicios, materia orgánica en descomposición, algunos bichos vivos o muertos o simplemente otros animales que no nos gustan. Y hacemos una deliciosa sopa con cadáveres de cucaracha, a la cual llamamos “crema de cucarachas”.

María la cucaracha alcanzó fama en su vida por varias razones. Cuando joven anduvo por la costa oeste del continente que los seres humanos llamaron Sudamérica, pero que hoy se llama Gloofnyma, llevando a cabo un servicio anónimo para ratas granjeras en cuyas tierras comía bichos. Tal vez porque disfruto de una rica dieta por un número de años, puso un gran número de huevos y por esto algunas cucarachas se referían a ella como “la puta cucaracha” en su lenguaje de cucarachas. Pero algo pasó entonces que hizo que las ratas se fijaran en ella.

Una de las plantas que sobrevivió el Holocausto Ecológico, la cual los seres humanos tenían como una maleza, fue la ortiga. Los seres humanos nunca descubrieron nada útil en esta planta, pero mucho después del Holocausto la ortiga había cambiado en gran forma. Había ahora grandes bosques de ortiga gigante, y los únicos animales que podían vivir entre ellos eran aquellos que habían desarrollado defensas efectivas contra sus venenos cada vez más poderosos. Cuando nosotras las ratas –de ahora en adelante cuando me refiera a “ratas” sin ninguna calificación me estaré refiriendo a mi propia especie, así como cuando me refiera a las cucarachas hablaré de la especie de María – nos habíamos adentrado en una época de domesticación de plantas y animales, encontramos que las ya existentes ortigas eran muy útiles para nosotras.

Los venenos podían ser extraídos y usados en muchas formas. Cuando eran tratados de cierta manera, los efectos dañinos y sabores amargos de estos venenos podían ser eliminados de las ortigas, así como los seres humanos habían aprendido a tratar la mandioca amarga antes de comerla o usarla para hacer bebidas alcohólicas. Nosotras las ratas encontramos que los venenos de la ortiga mezclados con sus hojas jóvenes que aún no contenían veneno, podían ser fermentados hasta obtener un delicioso vino, el cual es hoy en día un deleite especial para las ratas.

Los tallos de estos árboles de ortiga proporcionan madera adecuada para muchos propósitos, y las semillas, después de siglos de cultivo selectivo se volvieron grandes, sabrosas y nutritivas.

Milenios después del cultivo original de la ortiga, un farmaceuta-rata descubrió que la sustancia que había sido usada para tratar los venenos (extraída de los ovarios de ratonas gigantes) era un químico que era mucho más abundante en los estómagos e intestinos de las cucarachas. Se encontró que si los venenos eran comidos por las cucarachas –y esto no les hacía daño de ninguna forma –sus excrementos contenían los químicos sin venenos necesarios para fermentar nuestro precioso vino. Por supuesto, estos debían ser separados de otras sustancias en las heces de las cucarachas, pero esta era un tarea relativamente fácil. La gran ventaja de utilizar las cucarachas de esta forma era, primero, que las cucarachas no tenían que ser sacrificadas, sino que podían ser usadas durante toda su vida para producir el químico que se llamaba “cucanet”. Una ratona que había sido mantenida en cautiverio por meses después de sus nacimiento, sin producir nada de valor económico tenía que ser sacrificada solamente para extraer algunos centilitros del vital químico de sus ovarios. No solamente las cucarachas de ambos sexos podían ser usadas hasta que murieran de causas naturales, sino que no tenían que ser criadas ya que eran y son extremadamente numerosas de forma silvestre en la mayor parte del mundo.

Este es uno de los descubrimientos más importantes hechos en el período de surgimiento de la civilización de las ratas, ya que el vino era y aún es uno de los ingredientes más vitales de la vida civilizada, así como un artículo de intercambio muy importante.

Pero debía ocurrir, muy recientemente, otro gran avance en la producción de “cucanet”. Aquí es donde nuestra María aparece. Un establecimiento muy grande de fermentación de vino estaba localizado en las misma costa donde María muy placenteramente masticaba bichos en fincas pertenecientes a ratas. Periódicamente ratas obreras de este establecimiento hacían recolección en el área. En una ocasión María fue encerrada con unas 5.000 cucarachas y llevada nuevamente al establecimiento de vino.

Ya de vuelta en el lugar de producción, que estaba situado cerca al bosque de ortiga, las cucarachas fueron bajadas de los vagones en los cuales habían sido echadas. Fueron llevadas a una serie de grandes establos con muchos comederos alineados a los lados que contenían los venenos de la ortiga en una especie de lodo. Las cucarachas eran alineadas con sus bocas sobre los comederos. Periódicamente los obreros del vino-rata traían otras vasijas y las ponían exactamente debajo del sitio donde regularmente las cucarachas tenían su ano. El excremento era entonces regularmente recolectado y llevado para su tratamiento.

Como ya he explicado, estas cucarachas son muy inteligentes –los únicos animales que han alcanzado un grado de inteligencia aparte del hombre y sus predecesores homínidos y hominoides y de nosotras las ratas. Antes de ser llevadas a sus posiciones en los comederos, a las cucarachas se les daban instrucciones claras en sus propio lenguaje que algunas hábiles ratas obreras habían aprendido con este propósito combinado con gestos y lenguaje de señas. Se les informaba acerca del proceso de producción, se les pedía que no defecaran a menos que las cubetas ya estuvieran debajo de sus anos, y se les

aseguraba que se requería que pasaran sólo 14 horas de 24 comiendo y bebiendo el veneno. De las restantes 10 horas, debían pasar dos más en los comederos con la masa venenosa reemplazada ahora por comida más variada. Esta última incluía piel de pescado molida, heces de rata, y larvas de insectos. Después de esto, las cucarachas eran llevadas al centro del establo para que durmieran amontonadas por ocho horas.

María vivió de esta forma por cerca de dos años, y era ahora una cucaracha hembra gorda y madura. Entonces algo excepcional pasó un día. Una rata hembra especialista en fermentación de vino llamada Vomistaga Anallo llevaba a cabo una rutina de inspección en el establo de María a la hora de la defecación. Examinaba las heces de cada cucaracha, pero cuando llegó a las heces de María, notó unos parches verdes en ellas que nunca había visto antes en un establo productor de cucanet. Tomó una muestra de esas heces con una jeringa y después de completar su ronda, fue a un laboratorio que se encontraba a algunos metros de ahí.

La especialista analizó las heces de María de muchas formas, usando todas las técnicas disponibles, y llegó a la conclusión de que contenía un nuevo, extremadamente condensado y poderoso tipo de súper cucanet. Inmediatamente probó sus hipótesis separando esos químicos del resto de las heces y los combinó con los otros ingredientes necesarios para hacer vino de ortiga, en las proporciones y bajo las condiciones usuales. En dos semanas se dio cuenta que había hecho un descubrimiento con implicaciones tan inmensas como la creación original del cucanet, milenios antes.

Este nuevo súper cucanet producía un vino muy superior en calidad al conocido, en muchas mayores cantidades y en un tiempo más corto. Investigaciones siguientes han incrementado las primeras dos condiciones y reducido la última muchos más. María fue sacada rápidamente de su establo, y examinada en todas las formas posibles. Vomistaga Anallo concluyó que no había nada superficialmente observable que fuera inusual en María, pero que ella era ciertamente ¡una cucaracha muy fecunda! Ponía más huevos que el promedio de las otras cucarachas, y debido probablemente a una mutación genética fortuita y casual, su sistema bioquímico producía un súper cucanet hasta entonces desconocido.

Muy pronto, muchas otras ratas científicas y especialistas se unieron a la investigación. Todas acordaban en una cosa: era mejor no matar a María sino más bien analizar sus órganos mientras viviera. Sería mejor recoger sus huevos, incubarlos, y en el momento en que un súper productor macho de cucanet fuera descubierto entre sus descendencia, cruzarlo con María.

Todo esto se hizo, y en algunos años la descendencia de María productora del súper cucanet era de varios millones. Todo esto trajo consigo una revolución en la industria del vino.

Era muy difícil saber hasta que punto, si existía, María la cucaracha entendía la importante revolución que había causado, o si alguna vez fue capaz de reconocer que ella el centro de tal interés. La mayoría de nuestros científicos creen que la inteligencia de las cucarachas no debe ser subestimada: no son tan inteligentes como lo era el



hombre Neardental, pero son más inteligentes que los perros o los chimpancés. Algunos han argüido que no poseen realmente un lenguaje propio, sólo un sistema de signos sonoros tal como el que los seres humanos descubrieron en las ballenas y los delfines de su época, o el que le podían enseñar a los chimpancés. Algunos científicos humanos fueron mucho más allá, y aseguraron que los chimpancés podían aprender un lenguaje real. Esta es una cuestión difícil, y dejó las conclusiones a los científicos. Todo lo que debo decir, es que la mayoría de ellos están convencidos hoy de que las cucarachas tienen lenguajes simbólicos rudimentarios, no solamente sistemas de signos. Un argumento que presentan es que diferentes grupos de cucarachas, localizados en áreas geográficas diferentes poseen distintos lenguajes.

Después de ser usada para hacer esta trascendental revolución en técnicas agrícolas y genéticas, María vivió algunos meses con dignidad hasta que murió el día 102 de 203.007 D.C. Pasó sus últimos meses en una jaula de honor, que era transportada de lugar en lugar y que era observada con gran interés por muchas ratas.

Ahora, la historia de María no termina allí, porque durante los años importantes de su vida, cuando el súper cucanet fue descubierto y desarrollado y cuando ella fue conocida en todos lados, hubo muchas intrigas ratunas alrededor de los avances de la investigación. La intriga más célebre concierne a un grupo de científicos que, mientras habían estado trabajando con Vomistaga Anallo, tomaron huevos que no habían sido puestos y muestras de células de muchas de las partes del cuerpo de María sin decirle a Vomistaga Anallo o a ningún otro de los miembros del equipo. Hicieron esto varias veces entre 203.005 al 203.007 D.C. Me parece extraordinario, como un no especialista que a pesar de eso no puede evitar tener un punto de vista, que los otros miembros del equipo, incluyendo a Vomistaga Anallo quien hizo el descubrimiento inicial, no hayan tomado muestras sólo hasta después de unos minutos de que María hubiese muerto. Después de un tiempo pensaron que esto había sido un enorme error porque de acuerdo a algunas autoridades el debilitamiento celular empieza inmediatamente después de la muerte en las cucarachas, y procede muy rápidamente. Otro niegan esto, asegurando que las células de las cucarachas no se descomponen más rápidamente que las células de cualquier otra especie animal, y que el proceso no avanza mucho tan sólo unos minutos después de la muerte. Para estos expertos, la fuente real del conflicto era que el grupo renegado de científicos pudo desarrollar su investigación con anterioridad al de Vomistaga Anallo y los otros científicos del equipo. Habiéndoles ganado de mano, el grupo renegado fue capaz de firmar un lucrativo contrato con una compañía de construcción de casas para rata.

Al poco tiempo los científicos leales a Vomistaga Anallo empezaron a escuchar rumores acerca del grupo renegado que había sido más astuto que ellos y a la vez intrigantes y deshonestos.

Para entender las implicaciones de estos rumores y la división factual de los científicos que se había abierto ahora, necesitamos mirar algunos desarrollos en el campo de la agronomía que ocurría en el continente que los seres humanos habían llamado Europa, pero que es conocido hoy como Skuka.

De todas las áreas del mundo Skuka fue probablemente la que se vio más afectada por el Holocausto Ecológico y muy pocas especies de cualquier tipo sobrevivieron. El suelo que quedó después del Holocausto era y aún es un polvo gris blancuzco, de calidad extremadamente pobre, con casi ningún nutriente en cualquier cantidad. La única planta que ha sido capaz de vivir en él es el diente de león, que ha evolucionado rápidamente en los últimos 120.000 años. El diente de león se ha convertido en un gran árbol, su periferia promedio en su base puede alcanzar entre quince y veinte metros. Su altura promedio es tres veces la de los árboles más grandes de la era del pre- holocausto. Se piensa que la razón por la cual estos árboles son tan grandes es que la energía para retener y extraer agua y nutrientes de los pobres suelos es relativamente menor en ese tamaño, de lo que es en árboles más pequeños.

El árbol diente de león ha perdido su flor amarilla, pero ha retenido sus anillos con su forma característica, sin embargo, el anillo de su base ha desaparecido, pero hay numerosos y enormes anillos de hojas en intervalos de quince o veinte metros a lo largo de sus troncos. Cada hoja tiene aproximadamente veinte metros de largo. Las hojas tienen la misma forma del diente de león del pre-holocausto, excepto que ahora se encuentran en dimensiones gigantescas, los grandes troncos todavía son verdes y son suaves y rectos, como los tallos finos del diente de león de donde descienden.

Estos bosques se extienden por cerca del 95% del territorio que va desde lo que era conocido como Irlanda por los seres humanos hasta lo que llamaban los Urales y más allá. Hay poca lluvia pero el cielo está permanentemente cubierto por nubes bajas, grises y blancuzcas. El clima es opaco en luz, y frío. La región de Skuka está virtualmente deshabitada por ratas inteligentes, y es de muy poco interés para nosotras, excepto científicamente.

La fauna que se ha adaptado a estas selvas consiste de muchos miles de especies de insectos, la mayoría negros, casi todos sin vuelo, y todos pequeños; ninguno es mayor de dos o tres milímetros. Se arrastran por los troncos, ramas y hojas de los árboles diente de león mascando la superficie o succionando savia. Son predados por muchos tipos de gusanos que se han adaptado para subir a los troncos y a los doseles de los árboles diente de león. Estos gusanos varían en longitud de un centímetro a diez metros. Son todos de varios tonos de verde, lo que lleva a la pregunta: ¿Por qué los insectos no son también verdes? La única respuesta dada hasta ahora por los científicos es que los gusanos están siempre muy cerca de los insectos, y han desarrollado tan excelente vista, que el color de los insectos no es muy importante en términos de camuflaje, especialmente porque por lo general cubren completamente los árboles. No es tampoco claro por qué los gusanos mismos deben ser todos tan uniformemente verdes, ya que no hay pájaros en nuestro mundo, ni ninguna especie que haya sobrevivido al holocausto. Los únicos depredadores de estos gusanos son un tipo de mamífero descendiente de las únicas especies de murciélagos que sobrevivieron el Holocausto. Varían en tamaño de cerca de medio metro de ancho, medio metro de largo y cerca de seis centímetros de altura, a un tamaño más o menos veinte veces mayor pero con las mismas proporciones. Han perdido sus alas y por ende su capacidad de volar. Los más grandes se envuelven alrededor de los troncos y las ramas de los árboles. Su color normal es negro.

Mientras suben y bajan por los troncos, a lo largo de las ramas, y sobre las grandes hojas estos animales parecen manta rayas, los peces que datan de los tiempos del pre-holocausto. Han mantenido el antiguo hábito de dormir boca abajo.

Los únicos otros animales importantes que vivían en estas selvas eran las numerosas especies de ratas y ratones, todos muy pequeños, que viven en el suelo de la selva. Se alimentan de los caparzones que mudan los insectos en los doseles. Muchas de estas especies de insectos tienen fases larvarias y como sufren metamorfosis hacia la adultez, su piel cae en nubes, como polvo, ceniza y niebla. Por lo general el piso de la selva está completamente alfombrado por las ratas y los ratones, así que un intruso rata inteligente encuentra muy difícil moverse sin pararse sobre ellas y aplastarlas con cada paso. Aparte de los cascarones mudados de los insectos, las ratas y los ratones del piso del bosque comen manta rayas murciélago muertas o gusanos que caen de los árboles.

Como he dicho antes, las ratas inteligentes no han encontrado uso hasta ahora de ninguna de la flora o la fauna de estos oscuros, sombríos y monótonos bosques, en silencio perpetuo aparte de los chillidos graznidos de las ratas y los ratones. Pero cerca de año antes de que María la cucaracha muriera se descubrió que si los árboles de diente de león eran cortados y molidos hasta convertirlos en polvo, y son tratados con ciertos químicos, sueltan una sustancia como la arcilla suave o una macilla, con la cual se pueden construir bellos edificios. Después de algunas semanas o meses, dependiendo del clima, estas sustancias se solidifican, y proporcionan una estructura atractiva y fuerte.

Ahora, algunos químicos que tienen el efecto deseado en el polvo de árbol de diente de león han sido encontrados en las bocas y anos de ciertas lagartijas. Otros han sido elaborados en laboratorios. Pero cuando el grupo de científicos renegados empezó a explorar las propiedades de diferentes muestras de células del cuerpo de María la cucaracha, encontraron que un químico tomado de las células de su ano, que permitían su multiplicación, trabajaba sobre el polvo de diente de león de mejor forma, y mucho más eficientemente, que cualquier otro de los químicos parecidos tratados hasta ese momento. Como mencioné anteriormente, el grupo de científicos renegados firmó un contrato con una compañía líder de construcción de casas para rata. Producen ahora enormes bolas de las células multiplicadas, con diámetros de veinte metros. Estas son coloreadas con rayas blancas, rojas y grises. Son transportadas a un número de fábricas establecidas en Skuka por la compañía. Las bolas de células son transportadas por bolas heliratas voladoras, burbujas que se pueden producir a cualquier tamaño requerido. El contenedor de la superficie es totalmente transparente, y es hecho de una mezcla de vidrio, plástico, y ámbar. Tiene un motor encima y gruesos rayos saliendo por detrás, y funciona con combustible de hidrógeno.

La producción de esta suave sustancia arcillosa, llamada “dandehouse”, empezó cerca de hace cuatro años, y ha sido extremadamente exitosa, técnica y comercialmente. Lo que pasa es que el químico extraído de las células anales, en forma líquida es esparcida sobre una banda transportadora de polvo de diente de león. Las grandes bolas de células pueden producir el químico por largo tiempo si se mantiene bajo las condiciones apropiadas.

Cuando los científicos rata agrupados alrededor de Vomistaga Anallo se dieron cuenta de esto, se enfurecieron. Hicieron que unas ratas fuertes asaltaran y secuestraran a tres de los científicos renegados cuando salían de sus casas y se dirigían a sus quehaceres, e hicieron que tres de ellos sufrieran EL GRAN CASTIGO.

En este ampliamente conocido y frecuentemente usado castigo, la víctima es atada de tal forma que no es capaz de moverse, mientras que cuatro ratas extremadamente grandes y rudas caen sobre ella. Primero dos empujan por lado y lado, luego las otras dos empujan una por la espalda y la otra desde el frente; entonces, las primeras dos, caen nuevamente sobre los lados. Cada vez que un par de ratas se voltean después de haber empujado, latigan a la víctima tan fuerte como pueden con sus colas. Esto se hace hasta que la rata a cargo les ordena que se detengan. Las ratas rudas son como rinocerontes furiosos, sólo que sin cuernos.

La razón por la que las cuatro ratas no atacan al mismo tiempo, es que se lastiman si no hay forma de que el cuerpo de la rata castigada se expanda, a lo ancho o a lo largo. Como el lector se puede imaginar, si la rata castigada estalla o explota, es extremadamente incomodo y muy asqueroso para las ratas que castigan.

Las cosas empeoraron después de la amplia publicación de la aplicación del gran castigo. Ataques y contra ataques entre las facciones llevaron a la muerte de tres de los diecinueve científicos rata del grupo original. Una de ellas fue Vomistaga Anallo misma, y su muerte llevó a demostraciones de dolor, rabia y pena por todo el mundo, ya que para la mayoría de las ratas ella había hecho el descubrimiento que hizo el sagrado e importante vino mejor y más barato.

Después de algunos años se descubrió que las células de María la cucaracha eran de todas formas irrelevantes, porque todo lo que podía hacerse con ellas se podía hacer igualmente bien con las células de las cucarachas descendientes de ella, ya que mantenían las partes cruciales y particulares de su genotipo. En efecto el grupo renegado de científicos había engañado a la compañía constructora de casa para ratas al hacerles creer que las células del ano de María eran únicas.

En este punto mi querido lector, terminaré, ya que creo que he alcanzado los objetivos que había establecido cuando empecé a escribir este tratado.

Flauta Retórica  
Día 79 de 203.018 D.C.

## HANS, EL ÚLTIMO HOMBRE

Había una vez un hombre que había sido olvidado y vivía sobre una gran hoja flotante en un enorme lago. Debido a que había perdido la memoria, no sabía cuánto tiempo había estado allí, ni cómo había llegado a ese lugar, ni quién lo había dejado allí solo, a pesar de que sabía con certeza que alguna vez había estado con otra gente.

El nombre de este hombre era Hans, una de las cosas que no había olvidado. De noche reflexionaba acerca de su destino mientras observaba las estrellas, pero en el día estaba muy ocupado tratando de atrapar un pescado, una lagartija o un pájaro, como para pensar más allá de sus necesidades inmediatas.

A veces hablaba consigo mismo en voz alta, y gran parte del tiempo estaba conciente de una conversación en dos sentidos ocurriendo en su mente. Esto le aseguraba nunca haber imaginado que él era el único ser humano que alguna vez hubiera vivido, aun si él era el único con vida ahora.

Hans muchas veces se preguntaba, de noche, qué clase de personalidad tenía. ¿Era agradable o detestable, gentil o feroz, de confianza o no? Debido a que nunca estaba en compañía de otros seres humanos y no podía recordar aquellos tiempos cuando indudablemente había estado con otros, nunca era capaz de probarse a sí mismo hablando con otras personas.

De forma extraña, estaba muy conciente de que la falta de compañía humana le impedía por ende conocerse a sí mismo, y a pesar de ser una persona solitaria permanentemente rodeada por la naturaleza, estaba extremadamente seguro de su existencia como el único ser conciente en el universo, al menos hasta donde podía confirmarlo su experiencia.

Por un largo tiempo, aunque no podía recordar cuánto, había deseado que algunas personas vinieran a su hoja y lo encontraran, pero con el tiempo dejó de desearlo. Esto pasó tal vez por la época en que empezó a guardar registro de los movimientos del sol, la luna y las estrellas, y pudo medir el paso del tiempo.

Empezó a sentir una especie de pavor por lo que pasaría si la gente llegara, así que no hacía absolutamente nada que llamara la atención hacia él o hacia la hoja. De hecho, consideraba poco probable que hubiera gente a miles de millas alrededor, si es que la gente existía. Pero aún así, estaba conciente de que si un barco o un avión pasaba cerca, la gente se daría cuenta de un fuego o cualquier tipo de perturbación de sonido o visión, así que adoptó un modo de vida que mantenía un perfil tan bajo como fuera posible.

La hoja en que Hans vivía era como una hoja de lirio Victoria Regia, sólo que mucho más grande, más gruesa y de un verde más oscuro. Otras cosas crecían y vivían en ella: pequeñas plantas, hongos, pequeños mamíferos y reptiles, anfibios, y por supuesto numerosos invertebrados, especialmente insectos. La hoja contenía un complejo

ecosistema con el cual Hans podía suplementar su dieta principal de pescado y pájaros. Los pájaros llegaban y se iban de la hoja, pero Hans no podía saber a dónde iban o de dónde venían ya que no había otra hoja a la vista y las orillas del lago estaban fuera de su alcance. Sabía que vivía en un lago con orillas, pero no recordaba cómo tenía conocimiento de esto, y a pesar de que no era un misterio que estos pájaros iban y venían, no sabía exactamente a dónde o hacia dónde.

A veces Hans sentía un terrible deseo de hablar con los pájaros y averiguar que había más allá del agua que rodeaba su hoja. En ocasiones entablaba un diálogo con algunos pájaros, en particular después de haber ingerido hongos alucinógenos y las secreciones de algunas ranas que habitaban su hoja. Con su canto, los pájaros le dijeron que las orillas del lago se movían siempre hacia un lugar más lejano, y a pesar de que había otras hojas como la de él en el lago, todas se alejaban de ésta como las galaxias después del Big-Bang. De todas maneras, los pájaros le aseguraron que sobre ninguna de esas hojas vivía otro hombre. Con respecto a las orillas del expandible lago, los pájaros le dijeron claramente a Hans que no albergaban a ningún ser humano y que él era el único con el que habían tenido contacto.

“¿En verdad nunca han visto otro ser humano?”, preguntó Hans.

“No nosotros, pero nuestros padres y abuelos sí los veían,” replicaron los amigables pájaros.

“¿Dónde?”, persistió Hans. Pero nunca pudo recibir una respuesta clara aun del más lúcido y articulado pájaro de su hoja.

Con el tiempo Hans envejeció. Se dio cuenta de que tendría que morir. Se encontró preguntándose en la noche bajo las trémulas estrellas y la milagrosa luna, dónde podría morir mejor en su hoja. Pero con el tiempo decidió que esta conjetura era ridícula: ¿Cómo podía saber exactamente cuándo iba a morir? Podía acostarse en un lugar de su escogencia y no morir, o podría estar en una parte de una hoja en la que no quería morir, y entonces, cataplún, podía morir exactamente allí.

Así que dejó de pensar acerca de cuándo y dónde moriría. Graciosamente, una vez dejó de pensar y preocuparse por esto, encontró que no se estaba muriendo. De hecho, Hans ha estado en esta hoja por tanto tiempo que a veces desea morir al fin. Pero no; sigue vivo. El autor de esta narración está seguro de que morirá antes de que Hans muera y entonces será incapaz de registrar su muerte. Por esta razón el autor ha decidido que es el momento de concluir este cuento, pero respetuosamente espero haber informado al lector o lectora, lo que él o ella deseaba saber acerca de Hans, el último hombre, vivo y aún no muriendo, sobre su hoja en un gigantesco lago.

## LA FINCA DE LAS HORMIGAS-PERRO

Tamikrin viajaba río Yavarí arriba en un bote de motor que había contratado en Tabatinga, en la frontera brasilera entre Colombia y Perú, ansioso por ver delfines, tortugas, micos y loros. Con él viajaba su esposa Charita y su guía Huaco. También en el bote iban Sergio, el motorista, y su hijo de siete años, Chico.

“Cuatro y medio en el bote”, bromeaba Tamikrin, y los primeros días vio micos, muchos pájaros incluyendo loros, pero no delfines ni tortugas.

Al tercer día, Huaco les informó a Tamikrin y Charita que pronto pasarían, hacia el medio día, por una finca de hormigas-perro, en el lado peruano del río.

“¿Una qué?” gritó Charita, insegura de haber oído correctamente a Huaco.

Huaco les explicó de este modo: “Una mujer Austriaca, su esposo peruano y un amigo ruso han tenido allí una finca de hormigas-perro por los últimos siete años, pero aún no se ha abierto al público. Han estado criando hormigas todos estos años, cada vez más grandes, y perros cada vez más pequeños, y esperan cruzar un perro con una hormiga, pero nadie sabe si lo han hecho ya.”

Tamikrin se inclinó por ignorar esta historia pero Charita se sintió inquieta con ella, aunque no tenía idea de si tomarla en serio o no.

El bote siguió a lo largo del hermoso río y Tamikrin disfrutaba al ver esos maravillosos pájaros que lo atravesaban, hasta que casi exactamente al medio día, Charita y él fueron estremecidos por una extraña y perturbadora visión. Nadando desde el lado peruano del río, se acercaba un animal de apariencia extremadamente impresionante. Era del tamaño de un armiño o de una comadreja, con su cabeza en forma de perro, excepto que en vez de orejas, sobresalían dos antenas móviles. No tenía cuatro, sino seis patas que chapoteaban, y su cuerpo estaba dividido en tórax y un abdomen más grande, unidos por una cintura muy angosta. Algunas veces hacía un ruido como entre un ladrido y un silbido escalofriante. Tenía una pequeña cola que golpeaba la superficie del río tras él. Era de un marrón rojizo y parecía dirigirse hacia el bote.

Tamikrin y Charita estaban absolutamente sorprendidos, por no decir aterrorizados, pero ninguno de ellos podía hablar; Huaco, Sergio y Chico movían el animal sin asombro.

El bote empezó a moverse hacia la derecha, alejándose del animal que nadaba y acercándose hacia un grupo de casas de madera en la orilla del río.

“¡No!” gritó Charita, pero Sergio siguió manejando el bote hacia el banco.

“¿Por qué vamos hacia esas casas?” gritó Tamikrin, y Sergio replicó:

“Porque necesitamos más combustible para el motor, también agua y otras provisiones.”

Tamikrin pensó que probablemente esto era verdad y no dijo nada más.

Llegaron a un muelle de madera y Tamikrin y Charita se bajaron cautelosamente del bote. Todo estaba en silencio y tranquilidad, y no se veía persona alguna.

Los cinco caminaron hacia la primera casa. Huaco golpeó la puerta, pero sólo una mujer de pelo blanco apareció mientras varias hormigas-perro salieron de detrás de la casa y saltaron sobre Chico, quien fue rápidamente lanzado al suelo. Los rechinantes dientes, la horrible saliva y los punzantes venenos de estos viles animales pronto silenciaron al joven muchacho, y con la ayuda de otros que pronto lo rodearon, Chico fue completamente devorado: huesos, piel, todo.

Tamikrin y Charita quedaron sin habla, pero Sergio dijo después de un momento: “Esto pasa a veces, debemos aceptarlo como la voluntad de Dios.”

Tamikrin y Charita fueron llevados a la cabaña en donde se quedarían. Pronto cerraron la puerta con llave y esperaron a que la noche llegara. Sudando por el calor y a causa de su miedo, estaban inmóviles y no eran capaces de hablar más que unas cuantas palabras.

“¿Cuándo nos iremos?”, preguntó Charita al fin.

“No lo sé, espero que mañana por la mañana”, respondió Tamikrin.

La noche llegó y con ella los ruidos usuales de la selva los rodearon. Insectos, ranas y pájaros llenaron el aire con sus incesantes sonidos. Luego, empezaron a escuchar los inquietantes ladri-silbidos de las hormigas-perro, que se oían más profundamente que los sonidos de la orquesta selvática. Se tomaron de la mano, fríamente, toda la noche, pero a las cinco de la mañana Charita se dio cuenta de que Tamikrin estaba muerto. Se levantó silenciosamente y abrió la puerta de la cabaña.

Afuera había decenas de esas criaturas que acercaban sus antenas y hocicos contra ella, pero por alguna razón no la atacaban. Su mente no aguantó más y se desmayó. Nunca retomó conciencia normal y hoy se encuentra en una institución siquiátrica en Manaus, sobre el río Negro, en el Amazonas brasileiro.



## EL DESTINO CIRCULAR DE JULIUS/BRODBIN

Julios empezó a pensar acerca de los retratos de gente importante que escogería para tener en sus paredes, si tuviera, eso es, una casa con paredes donde colgarlos. Decidió: el retrato de Shelley en la portada de su biografía escrita por Richard Colmes; el retrato de Mozart en la portada de su biografía escrita por Hildesheimer; el retrato de Beethoven en la Enciclopedia Musical de Oxford; el autorretrato de Leonardo DaVinci que todo el mundo conoce, a lápiz con su largo, gris blancuzco cabello; y el último autorretrato de Rembrandt de viejo.

Estaba a punto de dejar su habitación en su pensión de Dubrovnik, poniéndose una ligera chaqueta para salir, cuando estos pensamientos vinieron a su mente. Mientras bajaba las escaleras que iban desde fuera de su cuarto hasta la calle, empezó a recordar cosas que le habían pasado cuando vivía en Iquitos, Perú, y aún estaba meditando acerca de estas memorias cuando llegó al bar local y se sentó a beber una cerveza.

Las imágenes de palmeras a lo largo de la orilla del río en el malecón inundaron su mente. En el ojo de su memoria vio un bar que a menudo frecuentaba, con extrañas pinturas surrealistas en la pared, con mujeres desnudas medusianas, sirenas seductoras, y también de pescadores arponeando en canoas, y bandadas de pájaros de increíbles colores volando sobre el río de un lado a otro. El Amazonas estaba cubierto de nubes de un púrpura tan profundo y negro, el cielo se estremecía cuando empezaba el trueno y cuando los relámpagos estallaban y rompían la sofocante paz con rayos de fuego eléctrico.

En su cuarto de Dubrovnik, Julius tenía un cómodo, pero viejo y roído sofá de cuero; una mesa de caobo rayada y debilitada y dos sillas de madera que eran también bastante confortables, una de las cuales usaba para sentarse cuando escribía en la mesa de caobo. En el momento estaba escribiendo una especie de novela circular, que iba de Dubrovnik a Iquitos y se devolvía muchas veces, en búsqueda de la experiencia de su héroe, un compositor luchador y con aspiraciones, cuya música era profundamente apreciada por ciertas minorías peor que de alguna forma nunca lograba abrirse paso en un círculo mayor. Este personaje se llamaba Brodbin, pero Julius estaba muy preparado para aceptar que la personalidad de Brodbin se encontraba moldeada a la suya en grado considerable, de forma desigual, concentrada, condensada y poco balanceada, y que el destino de Brodbin era ciertamente un reflejo del suyo, como podía interpretar Julius ese iluso, cambiante, traicionero, manipulador y engañoso fenómeno.

Bebiendo en el bar local sólo a pocos pasos de su pensión, Julius volvió a sus pensamientos acerca de los retratos. Los retratos de pintores, un poeta y compositores que había incluido en su colección imaginaria no eran los únicos que le hubiera gustado tener, pero no existe un auténtico retrato de Dante o Shakespeare, mientras que el autorretrato de Van Gogh pintado después de que se cortó la oreja es muy triste, un trabajo artístico demasiado trágico en sí mismo para ser tratado como un simple retrato.

El último autorretrato de Rembrandt es también trágico por supuesto, pensó Julius, pero Rembrandt había conocido al menos mejores tiempos, mientras que Van Gogh nunca los tuvo.

Julius no sabía de retratos realmente poderosos de Tchaikovsky, pero había visto retratos muy buenos de Dostoyevsky y Mussorgsky cuando fue a Moscú algunos años antes. Deseaba conocer retratos de Tu Fu y Li Po, ya que de ninguna manera consideraba Julius que los grandes artistas de alma infinita venían sólo de Europa. Le habría encantado conocer un retrato de José Silva por ejemplo, el gran poeta colombiano. Pero a artistas posteriores, poetas y compositores como Mahler, Richard Strauss, Shostakovich, Baudelaire, Lorca, Pablo Neruda, Jackson Pollock, Ernest Hemingway o William Burroughs, había visto mucho en fotografías como para anhelar sus retratos. Mientras que de Wagner y Bruckner, estos dos grandiosos compositores, conocía muy buenos retratos, pero por alguna razón no había querido que estuvieran en su colección especial imaginaria.

Brodbin, el héroe de la novela de Julius, había empezado a componer música seriamente a la edad de 24 años, justo en la época en que se comprometió con la hija del mejor amigo de su padre, y justo cuando completaba sus exámenes finales en ingeniería y diseño. Los pensamientos musicales emanaban en su mente, así que dejó Dubrovnik y se fue a Perú, donde después de algunos años de peregrinaje terminó en Iquitos, en la selva oriental del Amazonas. Allí compuso gran cantidad de música, para un gran número de instrumentos tanto occidentales como instrumentos peruanos tradicionales, y para voz. Sus amigos en Iquitos organizaban conciertos con su música en varias estancias, en casas privadas y públicas, pero después de varios años Brodbin encontró su situación más y más frustrante, especialmente porque no ganaba una suma significativa por su trabajo. Siempre tenía deudas, y sólo arañaba el suficiente dinero para vivir dando clases ocasionales de Alemán, excepto cuando recibía dinero de su simpática y bondadosa tía que vivía en Zagreb. Esta tía amaba la música croata impresionista, e imaginaba que su sobrino, a pesar de que escribía música en un estilo diferente del que a ella le gustaba, era en alguna forma un heredero en el que había creído tan devotamente en su juventud.

Entonces Brodbin volvió a Europa, y vivió en Dubrovnik otra vez ganándose su sustento enseñando alemán y diseñando carteles para tiendas y restaurantes. Julius sentía que Brodbin representaba algo simbólicamente importante en la interacción histórica y cultural entre Europa y Suramérica, y planeaba hacerlo volver a Iquitos cuando fuera viejo. Pero el tiempo pasó y Julius empezó a sentirse cansado y honestamente preocupado por la idea de hacer volver a Brodbin a Perú. Pero algo que le hizo subir el entusiasmo pasó de la forma más inesperada.

En el bar donde Julius bebía cerveza, estaba sentada en una mesa cercana a él una mujer con un bolso de imitación de cuero negro, y Julius encontró placentero mirarla. Parecía de unos cuarenta; Julius tenía cincuenta y ocho, y sus pocas arrugas le parecieron atractivas, tanto como sus largos y formados muslos, vistos fácilmente cuando su falda se alzó al sentarse, aparentemente sola, a la mesa para tomar una copa de vino blanco.

De una u otra forma, con el movimiento de la noche y el ir y venir de la gente, Julius se encontró sentado en la misma mesa de la mujer cuyo nombre era Eva. Comenzó una conversación casi sin esfuerzo entre ellos y una cosa llevó a la otra, saliendo de ahí muy tarde en la noche y acordando encontrarse nuevamente la noche siguiente. Un lazo afectivo surgió entre ellos, lo que cambió profundamente los sentimientos de Julius para con la vida y acerca de sí mismo.

Eva vivía muy cómodamente con su hermana, así que ni ella ni Julius cambiaron su forma de vivir, a pesar de que se quedaban en la casa del uno o del otro varias veces a la semana. Julius sintió cómo su alma renacía.

Entonces sucedió una extraña coincidencia. Eva trabajaba como secretaria de medio tiempo en una exportadora e importadora que tenía su base en Dubrovnik pero con oficinas en varias partes del mundo, incluyendo Suramérica. Una de estas oficinas estaba en Iquitos, en el Amazonas peruano. Un día le preguntaron si quería trabajar en esa oficina ya que ella hablaba español razonablemente bien, y entonces platicó sobre este asunto con Julius. Julius pensó que era una idea maravillosa, e instó a Eva a decir que sí. Imaginó que iría con Eva a Iquitos.

Por muchos meses Eva y Julius discutieron y planearon su futuro en Iquitos. La naturaleza exacta de las responsabilidades de Eva; lo que Julius haría en Iquitos; cuánto se quedaría allá, o si de hecho volverían alguna vez a Dubrovnik. Durante estos meses, una sensación de incomodidad acerca del proyecto abordó a Julius y a Eva. Julius empezó a sentir que tal vez no sería capaz de retomar los hilos de su vida nuevamente en Iquitos ahora que era más viejo, a pesar de que, o tal vez porque, estaría con Eva. Eva se preguntaba qué pasaría si Julius no se sentía feliz ahí o si ella se sentiría presionada entre completar su trabajo y volver a Europa. Después de algunas desgarradoras noches discutiendo el problema, Julius decidió que no iría, después de todo, a Iquitos con Eva. Tal vez la seguiría más tarde, después de que hubiera pasado algún tiempo. Podrían comunicarse fácilmente mientras ella estaba en Iquitos y él en Dubrovnik.

Así que Eva se fue sola, volando desde Dubrovnik a Frankfurt, de Frankfurt a Lima y de Lima a Iquitos. Una vez allí, se zambulló fácilmente en el estilo de vida tropical y el estado mental que Iquitos le inducía, mientras que Julius cayó en un súbito estado anímico fatalista, olvidándose de Eva y volviendo con entero empeño a su novela acerca de Brodbin que había titulado provisionalmente “Los Círculos de Brodbin”.

Julius hizo que Brodbin volviera a Iquitos en vez de hacerlo él mismo. En la novela, Brodbin conoció a un comerciante de pescado tropical en Dubrovnik llamado Katchuk. Fue a Iquitos por la misma ruta que Eva había tomado: Dubrovnik, Frankfurt, Lima, Iquitos, y estaba feliz de volver a su amado Iquitos, ahora sin las hirientes ansiedades económicas que había sufrido en el pasado, recibiendo ahora un salario de la compañía de Katchuk.

Una noche, poco después de que Brodbin llegó a Iquitos, la secretaria peruana de su oficina lo invitó a una fiesta en la casa de un amigo, en donde le dijeron habría otros extranjeros. Brodbin fue a la fiesta; ¿y a quién no iba a conocer en la fiesta sino a Eva?

Brodbin y Eva, pudiendo comunicarse en serbo-croata, hablaron y bailaron toda la noche, tomando ron peruano con jugos de varias frutas todo el tiempo.

Eva y Brodbin se conectaron emocional, cultural y eróticamente, y en cada otra cosa esencial. En un año ya se habían casado, y vivían en un modesto apartamento en Ricardo Palma, una calle en el centro de Iquitos. Con lágrimas en sus ojos Julius acabó esta parte de su novela un viernes por la noche cerca de las diez. Puso a un lado su lapicero y fue al bar local, donde bebió cerveza por varias horas hasta que casi se cae.

Fue ayudado a volver a su cuarto por dos de sus habituales compañeros de bebida, y durmió ruidosamente por cerca de 14 horas. Cuando se despertó, inmediatamente se dio cuenta que debía ir a Iquitos tan pronto como fuera humanamente posible. Vio a través de la ventana las súper torres y espirales de Dubrovnik rascando su cielo azul, y soñó en espantosa anticipación con cielos aún más azules en Iquitos. Se obsesionó de repente con la urgencia de llegar a Iquitos antes de que el matrimonio de Brodbin con Eva se hubiera establecido con completa certeza. Desde ese momento, Julius no pudo moverse bien y los doctores del hospital municipal de Dubrovnik fueron incapaces de explicar por qué; sólo podía caminar lentamente, jorobado, y por un poco más de cien metros a la vez.

A Julius le tomó algún tiempo organizar su viaje a Iquitos, siendo el mayor problema, inevitablemente, la consecución del dinero necesario. Su tía en Zagreb, ahora muy vieja, le mandaba alguna plata, pero su noción del valor del dinero estaba atrapada en un pasado distante, cuando una salchicha gigante costaba lo mismo que lo que cuesta un chicle hoy. Una vez se pudo comprar un tiquete de avión y hablar con la señora de su casa, Julius sufrió de una especie de ataque de nervios, pero tuvo la suerte de ser llevado a una especie de clínica psiquiátrica administrada por una mujer bondadosa e inteligente llamada Gabrielle Mishka, quien había leído algunas de las poesías y ensayos de Julius, y lo admiraba profundamente. La mente de Julius no pudo más después de varias semanas en el asilo; en su última memoria vívida estaba en Iquitos con Eva, mirando el río Amazonas desde un bar en el malecón, componiendo una coral. Tanto la música como la letra eran suyas, en una sobresaliente mezcla de sazones musicales peruanas y croato-bosnios. Fue un recuerdo muy hermoso, un sueño en que todas las tradiciones se entremezclaban en gran maravilla e igualdad, el cielo azul como una profunda fuente de tinta, con el sol cayendo con fuerza, el loco río marrón corriendo perezosa, magnífica y enlodadamente en su extraña forma de soñar Vishnu.

Cuando Julius volvió en sí, digamos, unos veinte meses después, tenía la mente extremadamente clara excepcionalmente sana y precisa en foco. Se vistió, besó a Gabrielle en ambas mejillas, y dejó la clínica. En las puertas del hospital, ¿se imaginan a quién vio? Allí, caminando hacia él, en un modesto pero bello vestido, radiante y con el pecho en alto en su mediana y cálida edad, estaba Eva. Se detuvo lentamente, y ella se acercó; se abrazaron en una especie de unión feliz y hermosa y luego se besaron delicadamente.

Las nubes desaparecieron, y el sol eterno proyectaba y enviaba velozmente sus rayos a través del radiante aire, y la Oración de Elizabeth de *Tannhauser*, o algo parecido,

emanaba de las esferas superiores de la verdad hasta sus dulces besos que pasaban entre sus tiernos labios.

“¿Cuándo volviste de Iquitos?”, preguntó Julius más tarde.

“No volví”, dijo Eva, porque nunca fui allá”.

Julius quedó aturdido, pero sintió que era mejor no preguntar nada. Después, Eva le explicó que en el último minuto el contrato por el cual ella iba a ir a Iquitos había sido cancelado.

“¿Por qué no me dijiste entonces si tu estabas aquí todo el tiempo?”, jadeó Julius.

“¿Por qué había de hacerlo, cuando tu querías que conociera a Brodbin?”, exclamó Eva.

“¿Cómo supiste eso?”, continuó Julius.

Eva no respondió, pero meses más tarde Julius fue al fin a Iquitos, interesado en saber si Eva había ido o no, por cuánto tiempo se había quedado allí y qué había hecho.

Cuando Julius llegó a Iquitos, pasó las primeras noches bebiendo en bares cerca al río. No halló evidencia de que Eva hubiera estado allí. Primero se sintió muy mal y culpable por no haberle creído. Pero con el tiempo mientras miraba el verde y cálido paisaje de *varzea* que se extiende entre el malecón y el río, cuya orilla está hoy alejada, Julius empezó a sentirse relajado; pero al mismo tiempo se encontraba confundido emocionalmente por Eva.

Mientras tanto, Eva fue a visitar a Julius a su pensión en Dubrovnik sólo para que la casera le contara que Julius se había ido para siempre, hasta donde ella sabía.

Eva había vivido todo este tiempo con su hermana, pero había decidido ahora mudarse al viejo cuarto de Julius, porque le pareció que la señora era muy simpática.

Entre tanto, Julius pasó varios meses en Iquitos pero luego decidió volver a Dubrovnik. A su llegada empezó a sentir que debía llamarse Brodbin pues había pasado muchos años persiguiendo y moldeando su vida ficticia. Cuando fue al apartamento donde Eva y su hermana vivían, tocó el timbre y la hermana de Eva, Tania, abrió la puerta. Tania, una mujer de mediana edad e igualmente atractiva a Eva, aunque de diferente color y sabor, invitó a seguir a Julius, ahora Brodbin. Brodbin entró, y desde esa noche empezó a florecer una relación entre él y Tania.

Brodbin y Tania han estado juntos hasta ahora, mientras que Eva, una vez supo de la traición de Julius y de su hermana, presionó a su jefe para que la mandara al fin a Iquitos; allí, conoció a un peruano llamado César, y los dos pronto empezaron a vivir juntos. En este momento Julius/Brodbin vive con Tania en Dubrovnik, mientras que Eva vive con César en Iquitos.

